

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 23 de Septiembre de 1897

Número 58

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil,
Victor Pérez Pettit,
Carlos Martínez Vigil,
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes.	\$ 0.60
En el exterior	0.75
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—El Anticuario.—Joya Literaria, de Cúspiera, Teix y Ca

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219.

SUMARIO.—DE RICARDO PALMA.—LA LENGUA CASTELLANA, por Adolfo Valderrama.—DARTO DE LA CAZAR, por Daniel Muñoz.—SCH EN CACU, por Daniel García Menéndez.—LA MENTE DE RICARDO GUTIÉRREZ, por José Enrique Rodó.—EJERCICIOS DE VARIACIÓN, por Adolfo Rodó.—SOLAS LAS LENGUAS, por Miguel Luis Amador.—REYES—FERRIS Y TALLA PUECA, por Teresa González de Manning.—MARTA, por Gertrudis Júpiter y Zúñiga.—CALIFICA FLORENTINA, por Adolfo Rodó.—EL FENÓMENO, por J. Francisco López.—FRASES RECIDOS, por José María Rodríguez.—RECUERDOS, por Heriberto López.—EL AÑO, por José Salgado.—LA VIRGEN DEL CARMEN, por Ramón Fontallón.—FOCALIA, por Bernardino G. Núñez.

DE RICARDO PALMA

Lima, Agosto 31 de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Mi estimado señor y amigo:

He tenido la satisfacción de leer su interesante y erudito folleto *Sobre lenguaje*, y cumples expresarle mi agradecimiento, así por los benévolo conceptos con que me honra, como por la cultura con que me refuta. Es V. un adversario que calza guant blanco.

Con salud decadente y abrumado de labores oficiosas, siento no disponer de tiempo para escribir á V., largo y menudo, como desearía.

En síntesis, me limitaré á apuntar que no me han convencido sus argumentos contra los verbos *irrigar*, *presuponer*, *independizar*, etc. etc. porque yo he encontrado en república, y en el extranjero, y en las naciones. Brasil, Chile, España, de Colombia, América y Perú. En tres de ellas y particular en la de México, que no conozco sino por su prensa, hay un cuerpo de leyes bautiza-

do con el nombre de *Leyes sobre irrigación*, y en ellas no se habla de *regar* terrenos, sino de *irrigarlos*. Paréceme que veinte millones, minimum de seres que han adoptado el verbo, pesan en la balanza del idioma. En nuestra agricultura están en boga las máquinas *irrigadoras* y los aparatos *irrigadores*: las *regadoras*, como V. defiende, ó *regadoras*, han ido al pantón del pasado. En cuanto al verbo *presuponer*, despierta en el espíritu la idea de cifras, lo que no sucede con *presuponer*. Varias repúblicas consignan el verbo *presuponer* en su Carta ó Constitución política al tratar de las atribuciones del Congreso. El verbo *independizar* es un verbo insurgente, que nació con nuestra vida republicana, y, por ende, tiene que ser muy antipático á los académicos españoles. Se *emancipan* los hijos de familia; se *independizan* los pueblos. Tal es mi credo.

Estos tres verbos, así como *dichaminar* y *clausurar*, desde ha muchísimos años vienen siendo causa de cuestión batallona en la Real Academia, y no deben ser tan detestables cuando hay académicos que los patrocinan.

En lo de si *chavacano* debe escribirse con *o* ó con *h* no quiero entrar ni salir. No soy el único, como V. dice, que se aparta de la prescripción del Léxico. Sólo sé que, atendiendo á la razón que V. alega, el vocablo *maravilla*, por ejemplo, que me viene á dadas punta de la pluma, debería escribirse con *o* y no con *h*, pues es hijo del *mirabilia* latino. En controversia de esta naturaleza; la mejor autoridad es la del uso generalizado.

No hay en mi folleto un solo sustantivo que no sea de uso constante en tres repúblicas por lo menos, salvo *disfuerzo*, que es un limeñismo, que vivirá mientras haya limeños y limeñas, una nota característica, exclusiva de mi tierra. Sólo en dos de las repúblicas del Plata se emplea la voz *muscano*, *a*, y no creo que haya poder lingüístico que alcance á proscribirlo sustituyéndola con el *viriente*, *a*, que trae el Diccionario, ó con *criado*, *a*. Tres repúblicas son siempre una masa de ocho ó nueve millones de habladores; esto es, la mitad de la población de España. ¡Por qué, ha de caer sobre esa gran masa la excomunicación de los formadores del Léxico! Las lenguas no son para ser impuestas por las minorías son democráticas, y como democráticas, no tanto revolucionarias.

Si las treinta y seis inteligencias que constituyen la Real Academia de la Lengua, y reñen, en el fondo, con el uso generalizado,

no se limitan á emitir sus pareceres, sino que se empeñan en imponerlos, ¿cómo se explicará que en las repúblicas que he mencionado, y en las que no he mencionado, se usen los verbos *irrigar*, *presuponer*, *independizar*, etc. etc. con tanta frecuencia? La Academia Indiana es una leonera.

Reiterando á V. la expresión de mi más cordial agradecimiento, rúgelo que me crea su apreciator y amigo afino.

q. l. b. l. m.

RICARDO PALMA.

La lengua castellana

Señor don Carlos Martínez Vigil.

Estimado amigo:

He recibido su folleto gramatical «Sobre lenguaje», y lo he leído con mucho interés. Yo no me ocupo mucho en estas materias; pero leo siempre con gusto lo que sobre este punto se escribe.

Bien se ve, en las pocas páginas que consta el opúsculo, la mano de maestro que lo ha escrito, y que tiene razón don Juan Francisco Piquet para contarle á V. como uno de los conocedores en lengua castellana.

Pienso como V. en materia de lengua: Si, las lenguas son organismos que nacen, se desarrollan y mueren como todos los organismos; pero el desenvolvimiento de una lengua, está sujeto á leyes: que es, preciso respetar. La lengua contiene virtualmente los esfuerzos de muchas generaciones, los dolores, las alegrías, los heroísmos de una raza, y no es posible borrar esta historia que contiene las palpitaciones del corazón de nuestros mayores y las impulsiones de su inteligencia, en hombre de yo no sé qué lógica que está en contradicción con todo lo que hay de grande en nuestro cerebro y de noble en nuestro corazón.

Por eso he mirado siempre como verdaderos errores todas las modificaciones que quieren introducirse en nuestra hermosa lengua castellana, cuando ellas no se inspiran en las dos grandes fuentes adonde ha de acudir, antes de poner mano temeraria sobre asunto de tanta trascendencia. Estas fuentes son la *etimología* y el *uso*. Por la misma razón me he reído á carcajadas cuando he visto que en Chile se han dictado decretos en los cuales se mandaba adoptar una ortografía nueva, imaginando que una lengua puede modificarse como se modifica el uniforme de la gendarmería.

Verá, mejor que yo, que cada palabra tiene un desenvolvimiento á veces una historia. Además, como se aparta de la Real Academia de la Lengua, y reñen, en el fondo, con el uso generalizado,

no se limitan á emitir sus pareceres, sino que se empeñan en imponerlos, ¿cómo se explicará que en las repúblicas que he mencionado, y en las que no he mencionado, se usen los verbos *irrigar*, *presuponer*, *independizar*, etc. etc. con tanta frecuencia? La Academia Indiana es una leonera.

Yo creo, querido amigo, que cuando se conoce a fondo la historia de una palabra, se comprende mejor su significado; se usa con más conciencia, podría decirse. Figúrese V. que no supiéramos la historia de la voz *bisño* que se aplica generalmente al soldado y a la tropa, y que por extensión se dice del que es nuevo en un oficio y que por eso mismo lo desempeña mal. ¿Qué idea nos traería a la mente esta primera persona del presente de indicativo del verbo italiano *bisognare*, que significa necesitar? Ninguna, amigo mío, ninguna: usaríamos de esta palabra como usamos de lo que no conocemos. Pero si sabemos que en las guerras de Italia los reclutas españoles usaban esta palabra italiana añadiendo en seguida lo que necesitaban, como: pan, carne, leche, vino, etc., y que por este motivo sus compañeros de armas y los mismos italianos los llamaron *bisños*, ya se comprende por qué los reclutas se llaman *bisños* y la palabra italiana entra *cruda* en la lengua castellana, pero con una carta de ciudadanía.

Lo mismo pasa con la palabra *italiano*. ¿Por qué se llama así al lecho de los desposados? Si no supiéramos que primitivamente se llamaba *tálamo* un tabladillo donde los desposados recibían las felicitaciones de sus amigos y parientes, y que más tarde sólo por extensión se dio este nombre al lecho en que duermen los casados, ¿tendríamos idea clara del significado de esta palabra? ¿calculáramos siquiera qué relación podía tener el matrimonio con el *tálamo*?

Yo veo con mucho gusto que V. sea tan severo cuando se trata de introducir palabras nuevas en nuestra lengua, como siento que el distinguido escritor peruano Ricardo Palma *de* entrada con tanta facilidad *de* palabras que no tienen las condiciones requeridas. Me parece que no siempre se está de acuerdo en lo que debe entenderse por *uso*: si es verdad que una de las condiciones necesarias para la introducción de vocablos nuevos en la lengua es el *uso*, es preciso no imaginar que hay que abrir la puerta a todas las voces extravagantes con tal que vengan aparejadas con este solo requisito. Hay que distinguir además *usos* y *usos*. El uso de la gente vulgar no constituye título: son los grandes escritores de la lengua los que dan a las voces nuevas su carta de ciudadanía y no el vulgo ignorante.

En vano se me dirá que tal neologismo es usado por todo un continente. Si los grandes escritores de la lengua no siguen su ejemplo, esa voz no puede ser aceptada: es sólo un disparate muy generalizado, como la necesidad *de* la mentira; pero nada más. Si ese mismo vocablo es usado por Fray Luis de Granada y Fray Luis de León y Francisco Manuel de Melo y Cervantes, pongo por caso, esa es otra cosa. Con esos padrinos el asunto cambia de aspecto, porque, lo repito, son los grandes escritores los que forman la lengua y no las multitudes.

Cuando se trata de la introducción de voces nuevas que sirven para expresar ideas nuevas *de* objetos nuevos, entonces la aceptación de estas palabras se impone, bastando que ellas estén formadas teniendo en cuenta el carácter y la índole de la lengua en que van a ingresar.

Pero es preciso en todo caso no olvidar que *Cicerón* decía que la prudencia era la primera de todas las virtudes, porque ella era la reguladora de las demás. Es preciso andar con pies de plomo en esto de introducir palabras nuevas en la lengua castellana, si no tienen todas las condiciones necesarias para darles carta de ciudadanía. Esta prudencia es la que ha tenido la Academia española, a quien por esta virtud se ha llamado retrógrada y enemiga del progreso, desconociendo así el carácter de esta alta Corporación y la historia misma de la hermosa lengua castellana. Voy a permitirme citar aquí lo que yo decía en mi discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile:

«No parece menos esparcida la idea de que los guardadores oficiales de la lengua española pretenden mantenerla en una estagnación contraria a las leyes fatales del progreso. Senieñante idea es inconcebible. La Academia española sabe, como todo el mundo, que una lengua tiene que progresar por necesidad, por el hecho sólo de que los conocimientos humanos se extienden incesantemente sus dominios, y por fuerza ha de extenderlos paralelamente la lengua que aspire a ser genuina expresión. Lo que no permite la buena lógica es que se introduzcan en la lengua castellana voces y construcciones que, sobre no ser necesarias, pugnan con la naturaleza e índole del idioma, y ese es el pensamiento de la Academia española. No sé cómo podríamos ser tan malos intérpretes de sus aspiraciones, ni cómo llegaríamos a suponer que ella ignorara la historia de su propia lengua. ¿Acaso los defensores de la pureza del idioma ignoran las leyes eternas del progreso? Una lengua es como un individuo, que nace, se desarrolla y progresa; por eso no pierde su identidad: su personalidad es la misma, cualesquiera que hayan sido las modificaciones que haya sufrido en su historia; y así como el tipógrafo que se llamó Benjamín Franklin conservó su personalidad y su nombre después de haber arrancado a las nubes el flamígero rayo, así también la lengua castellana es la misma, ya se estudie en el poema del Cid, en el código inmortel de Don Alfonso el Sabio o en las admirables páginas de Granada o de Cervantes. Lo que pide la sana razón es que la lengua conserve la identidad de su índole, y de ninguna manera pretende que se la mantenga en una perpetua infancia. ¿Quién puede negar el progreso? ¿Ni cuándo la lengua española ha quedado estancada?»

«Las rimas del Marqués de Santillana no difieren acaso de las aceradas estrofas de don Manuel José Quintana? Desde los tiempos en que escribía el Infante Don Juan Manuel, sobrino de Don Alfonso el Sabio, hasta la época en que *Santa* daba a la estampa las peñadas y donosas frases de su *Conquista de la Nueva España*, la lengua castellana ha permanecido estacionaria? ¿Don Lorenzo escribía como el maestro Juan de Astila? Fernando del Pulgar, a pesar de su disputable mérito como escritor, ¿era en su estilo tan fácil, tan correcto y tan numeroso como Fray

» Luis de Granada? El bachiller Alfonso de la Torre ¿alzando la gracia, el donaire y la desevolutiva del autor del *Quijote*? En ninguna manera. Pero si se estudian con atención las modificaciones que ha ido sufriendo el idioma, se verá que ellas en nada han cambiado la naturaleza íntima de la lengua; que enriqueciéndola, no han cambiado su esencia; que desarrollándola, le han conservado su índole propia. Esta identidad de la esencia, esta perpetuidad del carácter es lo que yo pido con todos los amantes de la lengua en que tan clarísimos ingenios encarnaron su pensamiento.»

A Valderrama,

Necesidad de estudiar la lengua castellana.— Discurso de incorporación en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Así es como yo he entendido siempre lo que se llama el progreso de la lengua castellana; así es como yo creo que debe guardarse y defenderse el tesoro de nuestra lengua de los que con el mayor desenfado modifican a su sabor la obra gigantesca de cien generaciones.

Va ve V. que en esta materia estoy con V. en perfecto acuerdo; lo que es para mí mucho honor.

Tengo sí que pedir a V. mil perdones por el calor que he gastado en esta carta, porque no es a mi edad cuando ha de gastarse tanto, tratándose de vocablos pero no lo puedo remediar. Siempre que de lengua castellana se trata, hablo y escribo con una emoción que no está en mi mano evitar.

Creo que fue en la Universidad en donde un amigo, partidario de la reforma fonética de la lengua, me preguntaba: —¿Para qué sirve la *h*? y agregaba: ¿por qué no había de escribirse hombre sin *h*?

—Oiga V. le dije; porque fuera de las numerosas razones que hay para conservarla, hay la de la conservación de nuestra especie. Un *ombre*, como V. desea, es un hombre decapitado, y V. está proponiendo, con la mayor inocencia, la decapitación del género humano. Conque no se haga V. reo de semejante barbaridad.

Y aquí termino esta carta, que ya va pasando los límites de la prudencia, y pidiéndole a V. que dispense mi insoportable taravilla, se despide de V. quien tiene a mucha honra llamarse el mejor de sus amigos.

ANDRÉS VALDERRAMA.

Chile.

DENTRO DE LA CRUZ, EL CRIMEN!

Parece una blasfemia, parece un sacrilegio, parece el título paradójico de un drama de Echegaray, y sin embargo, sería tal vez el más apropiado para el hermoso soneto de Daniel García Mansilla que acompaña, y que tiene su historia que brevemente narraré para que no se crea que la improvisación del distinguido poeta argentino es obra fantástica de su rica inspiración.

Habíamos ido, poco días hace, a la Basí-

lica de San Pedro, que es uno de los ambientes que más atractivos ofrece en Roma, por aquella inmensidad de espacio encerrada dentro de la severa majestad de líneas de aquellas bóvedas cimbradas en toda la amplitud del arco máximo; por la profusa decoración de mármoles y dorados; por la riqueza de los monumentos tumularios de los Papas que rivalizan en suntuosidad con los de los Césares, como si aun en la apoteosis de la muerte quisiese el catolicismo anonadar al paganismo vencido dentro de esta misma ciudad que aun hoy eterniza mas con sus ruinas grandiosas la religión desaparecida que la que nació de entre los desbordes del Circo y de entre el vicio, de las Saturnales. Se diría que en Roma, la pompa monumental es una vegetación espontánea de su suelo. Edades, costumbres, religiones, formas de gobierno, todo lo mas remoto y lo mas antagónico floreció en el mismo esplendor, como si un soplo de grandeza lo inflase todo hasta agigantar las humildes tumbas subterráneas de los primeros cristianos convertiéndolas en estos mausoleos papales en que el oro, los jaspes y los mármoles acrecentan su propia riqueza con la savia que en ellos ha difundido el arte.

Habíamos asistido a una función religiosa que en aquella mañana se celebraba en la gran Catedral, y salíamos, si no con mas fe cristiana en el espíritu, con la agradable impresión que nos había causado la excelente música del coro sesto, al cual sigo con toda la asiduidad de un devoto, leyendo día a día los programas de las fiestas eclesiásticas en que se anuncia la música que se cantará y el maestro que dirigirá el coro, que unas veces es Capocci, director de la Capilla Paulina, y otras veces Mustafá, director de la Capilla Sixtina; y a la verdad hay que confesar que músicos iguales no los hay en concierto ninguno, especialmente el Mustafá, que es consumado maestro y refinado artista, uno de aquellos *virtuosos* de la vieja escuela, viejo él también, muy viejo, pero con energías suficientes para dominar bajo su batuta docientos voces humanas haciendo cantar con tal ajuste y precisión que parecen las de un solo órgano enorme manejado por una sola persona. Qué *creaciones* colosales reforzados por la sonora cavidad de la inmensa cúpula, y qué dulzuras al apagarse el concertado en susvivos sonos que se prolongan como si los alajase blandamente una brisa armoniosa! Para oír cantar bien en Roma, hay que ir, no a los teatros, sino a los templos.

Salta pues de San Pedro, como decía, con García Mansilla, con quien casi a diario hago mis escursiones matinales muy a mi gusto, pues yo lo entiendo y él me entiende, y echamos a andar por aquel soberbio plazal de la Basílica, admirando una vez mas aquella grandiosidad de la columnata del Bernini dorada bajo este sol de Julio que reduce los sillares de travertino; y seguimos por el Borgo Vecchio, curioseando y refestoleando en todos aquellos *anduchs* en que los vendedores de viejo exhiben cuanto antigüedad les cae a la mano: copias de bronce, cacharros de cerámica, piezas de calderas, utensilios de hierro, sacralidades, cofres de trabajados herrajes, miniaturas

mas o menos auténticas y mil otros objetos y muebles y cuadros, de los cuales el que menos es de Rafael o del Spagnoletto, encontrado por casualidad en la sacristía de una capilla que fué derribada, según cuentan confidencialmente aquellos honrados vendedores que sin disputa descienden en línea directa de Shylock o de alguno de sus congéneres.

Cruzando de una acera a otra para registrar uno a uno aquellos tendejones en que mas de una vez, en medio de muchas cosas falsificadas o desprovistas de mérito, se suele encontrar algo de valía, llevado allí por alguna familia decadente, llegamos frente al Castel Sant'Angelo y atravesamos el Tiber ensillando el artístico puente de piedra, alargado ultimamente con dos nuevos arcos que estriban en los altos murrallones que encierran hoy el histórico río. Y aunque nuevo es de la misma estructura de lo viejo, pasarán muchos años, siglos tal vez, antes de que toda la fábrica de mampostería se uniforme, pues se necesita de la acción secular del sol para que la piedra apenas arrancada de la cantera cobre ese tinte caliente que hace aparecer como de oro viejo la silería de todos los monumentos romanos.

Por la ribera opuesta, siguiendo por la antigua calleja de *Foro di Nova* continuamos recorriendo otros negocios de antigüedades, teniendo que soportar la cháchara de aquellos mercaderes que a todos sus trebojos pretenden dar un valor histórico o artístico que en realidad no tienen. Uno de ellos, sin embargo, comprendiendo que no éramos individuos dispuestos a dejarse engañar, se decidió a mostrarnos su tesoro reservado de objetos auténticos y artísticos, sacando de entre cajones aleñados algunas casullas y capas pluviales de verdadero mérito, ricos alfombras episcopales, crujientes sorderas cardenalcias, y hasta un caliz de oro prolifamente cincelado, que no sería tal vez, como pretendía el judío que usaba no recuerdo cual de los últimos Clementes, pero que sin duda habla pertenecido a uno de los príncipes de la Iglesia.

Nada de aquello, sin embargo, tentaba nuestra codicia, y estábamos ya para retirarnos, después de haber discutido el precio de unos pequeños marcos antiguos, de estilo florentino, cuando se empeñó el mercader en mostrarnos un crucifijo que nos dijo ser de mucho mérito. En apariencia no lo tenía tanto, pues era solo un crucifijo de ébano incrustado de marfil decorado con dibujos grabados y entintados de mediana corrección, obra del siglo XVI ó de comienzos del XVII. La cruz, alta de unos treinta centímetros, tenía enclavado un Cristo de bronce, que indudablemente no era el primitivo que tuvo, que debió ser de marfil, armonizando con las incrustaciones, y de brazos mas largos, según lo dejaban ver los agujeros de los clavos que lo sustentaban. Sin ser allá de un gran mérito, tenía sin embargo el crucifijo su interés, siquiera por la incontestable antigüedad acreditada por la feterida del marfil y el estilo de la decoración; pero mas por curiosidad que por deseo de comprar. Le pregunté: — Cuanto vale? — Cien francos me contestó el ven-

dedor. — Le dijimos que era un precio disparatado, que lo único que podía valer algo era la cruz, pues el Cristo era visiblemente de fundición moderna, y que lo mas que se podría pagar era veinte francos.

Pero entonces el negociante, viendo ya una esperanza de vender algo en esta estación en que la ausencia de ingleses y alemanes obliga a la mayor parte de los mercaderes de antigüedades a cerrar sus tiendas, tomó cierto aire misterioso, y como quien va a revelar cosa muy secreta, nos dijo: — Es que Vds. no saben que este crucifijo tiene una historia terrible! Y sin mas decir, tomó con la izquierda el pie de la Cruz, aferró con la diestra el cabezorro, y haciendo un esfuerzo, desensainó un puñal de hoja ancha y recia; de agudísima punta. . . .

— Se puede ser todo lo descreído que se quiera; puede el hombre con su raciocinio sobreponerse a toda preocupación; pero, francamente, hay cosas que no pueden admitirse ni aun dentro de la lógica fatal de la perversidad humana. Aquel puñal, símbolo del crimen, sirviendo de alma al poste de la Cruz, que es símbolo de piedad, era la revelación de una infamia. Sin decirnos una palabra, nos miramos con García Mansilla, y seguramente vió en mi gesto la misma expresión de repugnancia que vi yo en el suyo.

¿De qué drama terrible guarda el secreto aquel crucifijo? ¿En qué personaje siniestro andaría el alma perversa capaz de inventar tan traidora arma? Como debe ser trágica la leyenda de aquel crucifijo-puñal!

Ya el hacer de una cruz la vaina para una daga, acusa una inconcebible perversidad de espíritu; pero lo que es inaudito es el refinamiento de la traición de empuñarse el arma nefanda tras la imagen de Cristo crucificado, que simboliza el martirio abnegado, la dulzura, el amor, todo lo que puede atribuírse de bueno y de piadoso al hombre!

Y no le bastó al desalmado dueño de aquel instrumento del crimen fabricarlo o hacerlo fabricar para consumir una obra del momento, sino que le plugo todavía ensañar sus instintos traidores enriqueciéndolo con labores artísticos para mejor distraer el arma-cruz que encerraba, como si fuese la obra de un fervido creyente que para mejor honrar a su Dios lo adornase con los atributos con que las artes concurren a dar mayor realce a los objetos del culto.

Si discutir mas sobre el precio, dejemos la traidora arma en manos del vendedor, que nos mira con una expresión de sorpresa sin comprender, en su indiferencia de mercader, la impresión de disgusto y repugnancia que nos había causado, y salí con mi amigo, continuando por largo espacio sin hablarnos, reconstruyendo en la calma para sí la leyenda de aquel crucifijo que seguramente no tiene a su favor la ventaja de tener un nombre que le permita a la mente del vendedor de mejor a comprar, por unos pocos francos, aquella curiosísima arma, pero obedeciendo no sé a que preocupación,

siempre lo he ido dejando para otro día, sin que haya llegado todavía el de mi decisión.

Entretanto, el poeta encontró su vena en aquel crucifijo tórico, e improvisó el hermoso soneto que va a continuación, en que está condensada la impresión que produce y la historia que evoca aquel Cristo enmarcando el crimen.

Daniel García Mansilla, nacido en París, educado allí, transiente apenas puede decirse en la patria de que inviste la ciudadanía política, tiene en las letras, que cultiva con éxito brillante, ciudadanía francesa, y esto explica el por qué ha escrito en frances este soneto, como todas sus composiciones poéticas publicadas en periódicos y libros editados en el Plata y en Francia. Sería un pecado traducirlo, y por eso tal cual me lo ha dedicado quiero publicarlo, precediéndolo de estas líneas en que narro cómo y cuando vió el poeta argentino el extraño crucifijo que inspiró su bella improvisación.

DANIEL MUÑOZ

Roma, Julio de 1897.

He aquí ahora el Soneto:

SUR UN CRUCIFIX

« Con tal de que no penara
 « Lo pinchó en el corazón,
 « Y al Dios de la eternidad,
 « Le pedí su salvación. »
 (Copia popular.)

Leurd d'ivoire incrusté, dans le goût byzantin,
 C'est un Crucifix noir et blanc du Quinzième,
 Il a du recueillir, ami de l'heure extrême,
 De terribles aveux chuchotés en latin.

Il gardé du son étoilé un cachet très certain,
 Masqué comme un serpent sous ledévin emblème,
 Le montent de la Croix ou se tend le Dieu blême,
 Enferme, sacrilège, un stylet florentin.

Do cet Age excessif fait de sang et de rève,
 Co Crucifijo-poirnard dit l'âme, qui, sans trêve,
 Bascule, de l'extase au crime intermittent.

Je vois le dur Prêlat, froid d'orgueil séculaire,
 Qui fit baisser ce Christ au rival péitain,
 Et d'un prompt coup d'aicier trancha sa jugulaire.

DANIEL GARCÍA MANSILLA.

Rome, Juillet 1897.

La muerte de Ricardo Gutiérrez

(PARA EL ALMANAQUE SUD-AMERICANO)

El primer aniversario de la muerte de Ricardo Gutiérrez, y los trabajos que se han iniciado estos últimos días en Buenos Aires para honrar dignamente su memoria, dan oportunidad al siguiente artículo, escrito en ocasión de la muerte del poeta y destinado al *Almanaque Sud-Americano*.

Siempre he pensado que la mejor recompensa de los poetas,—mejor y más llena para ellos la divina halagosa que las formas raras y bellos minutos de la gloria,—estaba en que su memoria quedara en la virtud de parir y traer a sí, todas las clamores de entusiasmo, todas las lágrimas

de melancolía, todos los impulsos de admiración, que sus cantos, peregrinando entre las almas jóvenes y buenas, arrancan bajo los astros de cada noche y bajo el sol de cada día.—¡Qué hermoso arrullo hubiera llenado de consolaciones y armonías los últimos instantes del poeta querido que hoy lloramos, si a su espíritu hubiera sido otorgado ese beneficio, en la hora suprema, y hubieran convergido, en un inmenso acorde, hacia él, todas las vibraciones de las almas heridas por la noble y dignificadora virtud de sus estrofas!

Gritos de trémula emoción que de mi pecho brotaron en algunas de las horas más bellas de mi vida, se hubieran mezclado en el coro de triunfo del poeta. Lo lei de niño, y su poesía, que desde entonces quedó vibrando en lo hondo de mi alma, tiene para mí el secreto encanto de las cosas que evocan recuerdos dulces y queridos. Yo no la podría juzgar como se juzga la de un genial poeta que admiramos, pero a quien no reconocemos como nuestro, que no nos habla del pasado, y cuya poesía no hunde sus raíces en las reconditeces de nuestra vida espiritual y la viste y enlaza como la erédira a la columna. La poesía de Ricardo Gutiérrez tiene una historia en el proceso de mi vida interior. Cada uno de sus cantos es para mí como una de esas melodías que, escuchadas en momentos dichosos ó somnolentos, se asocian inevitablemente después al despertar del instante escogido en que vibraron. Cuando una estrofa suya hago pasar ante mis ojos siento en el alma un ala mustia y atérica que se estremece. Por eso la desaparición del poeta produce en mí la sensación de un abandono—y me parece la extinción de una luz sobre mi espíritu.

¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aun cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus triunfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta, hoy, es, ante todo, el artista, es el orfebre, es el cincelador paciente y empeñoso. Delinease ante sus puertas el viandante para admirar, en aquella fiesta de la luz, los finos contornos del oro cincelado. Pero, cuando se aleja, lleva sólo la impresión de un deslumbramiento, porque no reconoce ya, en el artífice enamorado del ritmo y del color, a aquel ser, comparable con el pelicano del mito, que arrancaba de sus entrañas palpitantes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí.

Y ninguno entre nuestros poetas ha personificado esta entera condensación del alma de los suyos, este seguro imperio ejercido sobre el sentimiento de una generación, como el del *Libro de los Cantos y La Fibra Salvaje*.—Era el poeta de todos, sin dejar de ser, intensa y dominadamente, el poeta de sí mismo. Había brindado la hospitalidad de su corazón a todas las cosas buenas, a todas las cosas bellas. Naturaleza esencialmente lírica la suya, siempre en sus cantos el impulso del vuelo partía de la intimidad. Pero en su intimidad retinencia, convirtiéndole en sentimiento propio. En el hogar, el dolor de todos los que sufren en el mundo; en la ciudad, el dolor de todos los que esperan; la inquietud de todos los que batallan; en

calor de su sangre, la ansiedad de todos los que padecen hambre de justicia y el entusiasmo de todos los que persiguen sobre la tierra un ideal.

La individualidad, la vida misma del poeta, límpida y fuerte como el mármol, eran, además, un nimbo de luz sobre su obra.—¡Cuántas veces, corriendo, llenos de ansiedad, el velo que oculta a nuestros ojos la intimidad de la existencia de donde parte la palabra inspirada, sólo nos es dado encontrar el fondo gris de una personalidad moralmente indiferente ó borrosa! En nuestro poeta, personalidad y arte, vida y ensueño se confunden y forman un solo trazo de luz.—¡Huella por la que puede seguirse el rumbo de su marcha son sus versos. Cantó a la fe en el ideal que regenera y tuvo fe, cantó a la caridad y fué piadoso, cantó al heroísmo y fué soldado. En esta luminosa existencia, la poesía es acción, la acción es poesía. Evocando la imagen del varón bueno y abnegado, es como adquiere sobre nosotros toda su avasalladora virtud el canto del poeta.

Dueño era su numen por igual de las dos grandes manifestaciones del sentimiento lírico: la que se reconcentra en el recogimiento y en la meditación, tímida del tumulto humano, y la que alienta en las inspiraciones del alma colectiva y es tribuna de donde arengar y espada con que lidiar en nombre de todos. Vibraban aternadamente en sus cantos los acentos del hombre íntimo y los del soldado del pensamiento y de la acción. Una vez, la suave estrofa notolada para el amor y el ruego; la que se ampara bajo aquellas frondas, propicias al misterio, del alma, donde los sentimientos delicados y afectuosos anidan. Otras veces, el verso amplio y fulgurante, el verso de grandes alas, lleno de sol, erguido sobre una cúspide.—Nacían de esta audacia épica, el grito de guerra de la Libertad que envía al país del trópico sus legiones, la vigorosa imprecación de «Montevideo», el diálogo de «El Poeta y el Soldado». Brotaban de aquella reconcentración melancólica, la carta, húmeda en lágrimas, a Lucía, el contemplativo sentir de «La Oración», y la querrela apasionada de la «Magdalena».

No era el poeta de *Lázaro* un devoto de la plasticidad y la melodía de la forma, no era un cincelador paciente y obtinado del verso, ni a él alcanzaron los influjos de la evolución, posterior al romanticismo, de la lírica, que levantó sobre las ruinas de las aras de la emoción y el pensamiento, las consagradas al culto de la perfección exterior. Pero tenía un admirable dón instintivo de armonía, un seguro y natural imperio del ritmo, que le autorizaban para sustituir, en la producción, los afaes del precedimiento laborioso con la confianza y la audacia de la libertad. Y el verso brotaba de su mente, alado, ágil, espontáneo, con ímpetu como de lampo de luz que rasga de improviso las sombras, como de vena de arcilla que sale de la roca herida por el golpe de un machete; batiendo que se resquebraja en volutas y flota en las auras a flor de un viento y un día.

Hase observado que uno de los más constantes modos de manifestación del genio lí-

rico está en el dón de crear ó modificar algún metro, que es como «la nueva copa en que se exprime el jugo generoso de un ingenio nuevo».—Fué otorgado a Gutiérrez este signo escogido de originalidad. El cinceló su copa para el vino de su vendimia, y creó su estrofa propia, su estrofa admirablemente modelada sobre el tono íntimo de su sentimiento, llena a la vez de fuerza y de gracia como el cuerpo del púgil, y que quedó consagrada en la lírica argentina, donde Gervasio Méndez la escogió para mensajera de su abandono y su dolor y la ungió nuevamente con la unción de las lágrimas. En ella están sus composiciones que muchos tienen por mejores, las que son, por lo menos, las más sentidas, las más ingeniosas, las más íntimas; y ella llegará a la posteridad, perpetuándose en la métrica de la poesía americana, como forma sensible de la inmortalidad de quien la añadió al Cancionero de la lengua.

Ya había empezado la sanción de la posteridad, en cierto modo, para la figura literaria de Ricardo Gutiérrez, y ella se nos presentaba como una noble figura de otros tiempos, a los ojos de los que le admirábamos en mi generación. Años hacía que la lira del poeta estaba muda; ¡Era acaso el hastío, el cierto helado de la vida!... ¡Era, más bien, la amarga protesta contra el ambiente ingrato, la desolación ante el irresistible avanzar de la ola turbia y plebeya que clamoreaba los triunfos de nuestro período cartaginés... ¡Quién sabe! El silencio del poeta, que puede ser una forma de la decepción, el desaliento, el desencanto, y no puede ser también el signo de su iniciación en una poesía más alta, más gloriosa, más pura? Por encima de la que se traduce en palabras y se comunica al sentimiento de los hombres ¿no podrá él alcanzar una poesía superior, una poesía que sólo irradie y florezca en su mundo íntimo, donde la roca de la nube impenetrable con que quería velar la mística ciudad de sus elegidos cierra poeta moderno? Ella será como la música de los ástros, que el sabio oyó pero que nosotros no oímos; será como la imperceptible luz que vibra allí donde la pupila humana no ve sino la obscuridad.

Ahora este silencio durará para siempre, pero el nombre del poeta se engrandecerá en la memoria de las generaciones y su poesía adquirirá vida nueva: Andrada tuvo de los contemporáneos apoteosis más ruidosas, pero en su obra, osada é inmensa, verá más ruinas la posteridad. Para lo que edifica la fantasía hay en el tiempo base menos estable y segura que para lo que labra el sentimiento, siempre uno en esencia. Cuando se ha desvanecido el eco de las *Orientales*, aún viven su juventud *Rolla* y *Las Noches de Musset*. Mientras buena parte de la obra de Hugo palidece, el grito de Byron sigue vibrando en las alturas.

¡Quién me recordará que no es una página de esta obra que he trazado al escribir sobre la muerte de Ricardo Gutiérrez! Si fuera mi corazón de hoy su memoria y su memoria es la gran vida, también tiene el comando su juicio, será este sólo el que yo podrá ofrecer para juzgar al noble espíritu

que acaba de ascender a la luz.—Era uno de mis poetas. Si le hubiera encontrado alguna vez en el camino de la vida, le habría estrechado la mano y le habría dicho: Gracias. Y él me hubiera entendido.—Pero desde hoy, que sé que no he de verte ya en la realidad, yo te tendré conmigo ¡joo poeta! para siempre, en aquella consagrada región de la memoria donde se reúnen, como en un cielo que va cuajándose de luces, las cosas bellas y los seres benéficos y amados que hicieron menos ingrato el duro peregrinaje de la vida y se abismaron en la decepción y en el misterio.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

RECUERDOS DE VENEZIA

(Fragmento de mi diario de viaje)

El viajero que, como nosotros, quiera ir a Venecia, la perla del Adriático, tendrá que pasar por las termópilas de la aduana, si es que en la actualidad domina el régimen austriaco. Puede que con la incorporación del Véneto al reino de Italia haya cesado el escrupuloso escrutinio de que fuimos objeto en la época que hicimos este viaje.

Vamos a exponer fielmente nuestras propias impresiones sobre Venecia, sea cual fuere el cambio que puede haberse operado desde 1861 hasta la fecha, que no será mucho.

El 7 de febrero de dicho año tomamos el tren de Trieste, capital de la Iliria, estado italiano en otra época, i que por esos cambios políticos tan frecuentes en Europa, pasó por anexion al Austria. Antes de la partida se hizo el mas escrupuloso registro de equipajes, tomando a cada pasajero por el mas hábil contrabandista. Mi maleta sufrió un completo trastorno en que se examinaban las camisas, los pañuelos, deteniéndose para ver si estaban dobladillados o no; los libros, álbums, etc., todo, todo se recorrió con la mayor calma hasta última hora. Se toca la campana de partida, ¡ qué sudores de muerte no me costaría para arreglar todo en orden ¡hacer ¡juntar la cerradura! Sin aliento llegó el tren partió. ¡ Lo había alcanzado a tomar!

Todas estas molestias las daba por bien empleadas por llegar a la poética Venecia, i las diez horas de trayecto se me hicieron mas cortas que el rato que pasó con los verdugos de los equipajes, que habían querido decomisarme las navajas de afeitar, por llevar mas de dos, sin notar que era un semanario, i ya con algún uso.

Pasado Mestre, último pueblo de tierra firme, se conoció que nos aproximábamos a la ciudad de las lagunas—el terreno elevolvía pantanoso, i gradualmente íbamos entrando en el mar, por el gigantesco puente de 3601 metros, 43 centímetros de largo i nueve de ancho, que el Austria ha dejado como un monumento de beneficencia, i que costó 320,000 francos, ó sea un millón, ciento veinte mil pesetas oro. Cuanto más hermosa obra, Venecia dejó de serla desde 1845, en que se concluyó, i solo con el go-

bierno provisorio de Manin en 1848, construyeron diez i nueve arcos para la defensa de la ciudad.

La primera impresión que Venecia me hizo fué tan contraria a mis ilusiones poéticas, que hasta me arrepentía de haber entrado en ella. Una tarde fría i lluviosa me presentaba a la perla del Adriático bastante prosaica: las góndolas, esas embarcaciones májicas, realización de los cuentos de «Mil i una noches», me hacían el efecto de la barca de Caron por su aspecto lúgubre, cubiertas con una capota de madera, pintada de negro i colgaduras tambien negras. ¡Dónde está el encanto, me decía a mí mismo, de esta embarcación de que tanto se nos ha hablado? ¿Será una burla? ¿Habrá llegado a otro pueblo que como por Venecia? En la estación fuimos entregando los pasaportes i recibiendo en cambio una boleta para solicitar el permiso de residencia; ¡Permiso para residir en un país! Esto solo bastó para que comprendiese la tiranía que ejercía el Austria i para justificar a los venecianos del luto que usaban en sus góndolas, que por una extraña disposición, del emperador se les había prohibido el antiguo lujo que cada dueño de góndola tenía, según sus facultades, i arbitrariamente dispuesto que todas fuesen negras. ¡ Rara manifestación de estar encadenada la República i ordenar el luto que debían ostentar los ciudadanos por la pérdida de su soberanía! Todo lo vea sombrío a mí llegada: los canales estrechos i exhalando mal olor; los edificios arruinados; los hermosos palacios de mármol ennegrecidos i solos; el Canal Grande abandonado. Una vez cruzado éste, me bajé en el Hotel Royal, mas conocido con el nombre de *Albergo Daniele*. Fue instalado con mis fieles compañeros Demetrio O'Higgins, Francisco Herbaso, Recabarri el Emilio Ramos, con los cuales he recorrido una gran parte de la Europa, me recojé a mi habitación, pensativo i con la esperanza de que mis desencantos precipitados fuesen sólo por el momento, i aguardaba que Venecia apareciera a mis ojos al día siguiente con la poesía con que me la imaginaba.

¡Oh cambio extraordinario! A la mañana siguiente abro mis ventanas, i dos hermosas islas se me presentan al frente, a la salida del *Canal Grande*, en el *Canal de San Marco*; un cielo puro como el de Chile, i el sol reflejando su hermosa luz por todas partes, me ofrecían contemplar a la coqueta ciudad con todas sus galas, en vez del horrible disfraz con que se viste en un día de invierno. Las islas de la *Giudecca* i de *San Giorgio Maggiore*, me reconciliaron con Venecia; sus hermosos edificios agrupados i el canal cruzado, no de las góndolas cubiertas i lúgubres del día anterior, sino mecidosas gallardas i descubiertas en el mar, ofrecían a mi vista el conjunto mas poético que pudiera describirse. Los feos toldos habían desaparecido con el bello día, i se podían ver fácilmente las personas que iban adentro, conduciendo por el momento, un adelante i otro atrás, y de paso queriendo el tiempo.

La ciudad es una embarcación larga i estrecha con techos de cofines de marroquí negro i con una capota abovedada en

el centro, cubierta de terciopelo o merino negro, que se pone o quita según el gusto de cada uno, i con una portezuela de cristal que le da a ésta un aspecto de misterio i tristeza cuando se pone el toldo por la lluvia, o por el extraño gusto de muchos dueños que quieren ir de incógnitos. Nunca pude simpatizar con esos ataudes acústicos: descubierta la góndola, como ahora la vea, me pareció agradable a la vista, i andando en ella le reconocía ese encanto de que por la historia había formado idea. Era preciso ir a la *Direzione Generale di Polizia* a solicitar el permiso para residir en Venecia, i tomé con mis compañeros el único carruaje conocido allí, la góndola, para esta indispensable diligencia. Un tudesco (?) a nuestro estaba escribiendo en su butefe, i él andaba levantado sus faldas, alargó la mano i empezó a revisar nuestros pasaportes. Nos hicimos inscribir en el libro de forasteros; manifestamos nuestro pensamiento de permanecer diez días en Venecia. De todo quedó constancia en la policía: edad, profesión, motivo de permanencia i para dónde debíamos continuar nuestro viaje. Concluidas estas molestias, ya podíamos estar tranquilos del espionaje austriaco i ser considerados como extranjeros interesados por conocer i admirar el país, i no contrabandistas o agentes revolucionarios, como podría creerse sin aquel requisito.

Mui larga e interminable tarea sería el hacer una descripción de Venecia. Indútil por cuanto que el ilustrado lector que haya leído a Galiberti, encontrará en esas hermosas páginas todo lo que desee. Para la generalidad me creo incapaz de poder con mi pobre pluma dejar, siquiera en parte, satisfecha su curiosidad; por otros libros de consulta también podría el curioso lector satisfacer sus dudas, i yo me limitaré a dar una ligera idea solamente, según las impresiones recibidas.

La capital de la antigua república veneciana es un grupo de islas, en número de setenta u ochenta, unidas entre sí por cuatrocientos cincuenta puentes, i divididas en dos grandes grupos por el *Canal Grande*, que la atraviesa de N. O. a S. O. en forma de una S al revés mas o menos, i que tiene en su mayor anchura setenta metros. Atraviesa estos dos grandes barrios sobre el *Canal Grande*, el puente llamado *Ponte Rialto*. Al sur de esta cadena de islas quedan independientes de la *Giudecca* i la de *San Giorgio Maggiore*, i separadas de la isla principal por el *Canal de San Marcos*, que está ya mar afuera, tiene una anchura de bahía, i realmente es allí el fondeadero. Sin perjuicio de sus numerosos canales, Venecia se comunica también con toda la ciudad por la vía terrestre por callejuelas tortuosas i en extremo angostas, llamadas *calles*, como en castellano, i no escasean las plazuelas con el nombre de *campi*, que no pasan de ser como un patio de las casas de Chile. Pero debemos contar la hermosísima plaza de San Marcos, que con la Piazzetta, unidas en martillo, es el lugar de recreo i del descanso.

Estas dos plazas, unidas por el ángulo derecho, son el punto de cita para las personas que quieren encontrarse: es como la Puerta del Sol en Madrid. Allí se reúnen a leer los diarios, a tomar helados; se hacen allí los negocios, etc. La grandiosa basílica de San Marcos ocupa el costado oriental de la plaza; los costados laterales, valiosos edificios de arcadas, donde están las principales tiendas, i los pisos superiores pertenecen a la antigua i nueva biblioteca, i forman el palacio Real, residencia del gobernador. Enfrente de la basílica, i dando vista a la Piazzetta, está enteramente aislado el campanario, de 98 metros de elevación, el que es accesible por una rampa en cuadro, que por no tener ninguna grada, la hace mui cómoda, e inensurablemente se llega a la cima, donde se goza de una vista admirable.

Al lado de la basílica, i dando frente a la Piazzetta, se eleva la torre del reloj, bajo de la cual hay una arcada que da acceso a la *Mereria*, o sea pasaje comercial.

Es digna de notarse la inveterada costumbre que hai en el pueblo de mantener las bandadas de palomas, que vuelan por todas partes libremente. A las 2 de la tarde, a los martillazos que dan los dos Volcanos de la torre de reloj sobre la campana, bajan a la plaza todas las palomas de Venecia a recibir el sustento del pueblo, del que está encargada una familia noble domiciliada allí. Dice la tradición que a principios del siglo XIII, durante el sitio de Candia, el almirante Dandolo recibió de la isla noticias importantes, que sirvieron para facilitar la conquista, i las cartas eran llevadas por palomas, lo que ha dado origen a esta costumbre, que todo viajero tiene que admirar. La especie veneciana es toda tornasol, sin que yo haya visto una sola blanca o de otro color; ellas, como los gallinazos de Lima, se pasean libremente por los techos i torres de las iglesias, i nadie se atrevería a dañarlas, porque el pueblo se encargaría de su venganza.

Diariamente toca una banda militar en la plaza de San Marcos a las 2 de la tarde, i nosotros solíamos ir a gozar de la buena música i volvíamos al hotel con un lindo ramo de flores que nos ofrecían las floristas venecianas, i a las cuales dejábamos monedas en cambio. Observé que algunas personas recibían el ramo i nada daban a las graciosas ramilletteras, quienes por cierto no ofrecían sus flores a los jóvenes mas de su agrado sino para que les pasase el correspondiente precio en caso de admitirlo. Llevan un traje corto de colores vivos, adornadas de cintas la cabeza con cierta gracia: su fisonomía es por lo general risueña i simpática. En el teatro i en los paseos públicos las floristas circulan entre la concurrencia, corriendo la suerte que les depara la fortuna.

El veneciano no tiene mas medios de transporte que la góndola i sus propios pies, i por consiguiente el silencio de la ciudad solo es perturbado por los gritos monótonos de los gondoleros cuando cruzan alguna canal estrecho para darse aviso de su aproximación al punto en que han de pararse, o al punto de partida de un pasajero.

«No salió Venecia del seno del mar, dice Galiberti, como refieren algunos historiadores i como lo han repetido todos los poetas; la laguna que rodeaba la ciudad no es un lago, sino una playa baja, llana, un inmenso seno mas o menos inundado por las aguas de los rios que bajan de los Alpes i principalmente por los del mar Adriático.» (1) El fondo de los canales varia según las altas i bajas mareas; el nivel de las aguas cambia cuatro veces al día, i en las altas mareas es cuando debe verse esta ciudad flotante del Adriático.

Como sería mui fácil encallar en muchos puntos de la laguna, se ha tenido la feliz idea de hacer demarcaciones con estacas en ciertos canales ocultos debajo de la superficie del agua, formados en gran parte por la fuerza de la corriente de los rios i ayudados con grandes desembolsos del Estado para facilitar la navegación; con el auxilio de estos guías salvadores, que se aumentan cada día, las embarcaciones circulan sin temor i se dirijen a las islas adyacentes.

La entrada al puerto se hace por Lido, Malamocco, Pelestrina i Chioggia, islotes avanzados de la laguna, provistos de fuertes para la defensa de Venecia, i donde principia el verdadero mar Adriático. Lido es el puerto principal, por cuanto el camino es mas directo i fácil, pues para los otros se necesitaba de mil rodeos para salvar los bancos i seguir el derrotero marcado por las *meletas* o estacas conductoras. Todo este litoral marítimo es formado por la acumulación de las arenas de los rios i del mar, i en varios puntos ha sido preciso levantar diques para resistir el ímpetu de las olas.

El viajero que quiera conocer bien a Venecia debe andar la ciudad también a pié con un guía práctico para no extraviarse en el laberinto de sus callejuelas: el punto para orientarse será la plaza de San Marcos. Mis compañeros i yo seguimos este consejo que se nos dió, i en nuestros pocos días de permanencia fuimos de sorpresa en sorpresa. Los elevados edificios i la angostura de las calles no dejan ver el sol ni casi el cielo. ¡Cuántas veces abriendo mis brazos en cruz tocaba las paredes de ambas aceras, i después de atravesar un canal por los muchos puentes de un arco que hai pasada por debajo una góndola, que era detenida a veces con solo alzar el remo el gondolero entrando en la arena!

La basílica de San Marcos es semejante en su construcción a la mezquita de Santa Sofía en Constantinopla, no una copia de su plano, como algunos creen. Santa Sofía ha servido de base para construir a San Marcos. Hai cinco cúpulas, teniendo la del centro 42 pies de diámetro. Este grandioso edificio, construido por el dux Orseolo en 977, fué en tiempo de la República capilla privada del dux. Un vasto pórtico abovedado le precede, donde se ve en mosaico la historia del antiguo i nuevo testamento. Los mármoles de San Marcos son de Africa, de Oriente i de Italia; se admira el arte i el buen gusto en todo. Los muros del interior están decorados con pinturas de gran belleza, que cubren un muchísimo espacio. En

una de las capillas laterales vi la estatua yacente del cardinal Zen. Sobre una estensa base de mármol que separa el presbitero de las naves de la iglesia, hai catorce estatuas que representan a los apóstoles, San Marcos i la Virgen, obra de los hermanos Masigone de Venecia, i en el centro un gran crucifijo muchas veces restaurado. El altar mayor es un baldauquin sostenido por cuatro columnas de mármol griego, con bajo-relieves salomoneados, que representan la vida de N. S. J. C. Aquí se encierran las reliquias de San Marcos i su tesoro, trasportado de Constantinopla en 1797, i también las columnas de que hemos hablado. Bajo este altar descansan los restos del santo, que se trasladaron de la Iglesia subterránea en 1811 por la excesiva humedad que habia en ella, i por esta razon está abandonada. Detrás de este altar hai otro, sostenido por columnas de mármol oriental, que se dice pertenecian al templo de Jerusalem. Se admira también la magnífica puerta de bronce de la sacristía, obra de Sansovino, en la que se asegura empleó veinte años de trabajo. Sobre la puerta, la estatua en mármol blanco del papa Gregorio XVI. Como el palacio de los dux se comunica con la basílica, el soberano i los embajadores extranjeros podian sin mucho trabajo oír misa desde las *loggie* o galerías cerca del presbitero. El grupo de caballos de bronce que se ostenta en el frontis de la basílica de San Marcos ha sido una presa codiciada por los franceses. En 1815, después de haber adornado el arco de triunfo del Carrousel, volvieron a Venecia, que les da con razon el mérito de antigüedad que tienen, mas que el artístico: adornaron los arcos de Trajano i de Neron en Roma; pasaron a Constantinopla, de donde los venecianos los adquirieron.

La Piazzetta se estiende desde la misma plaza, como hemos dicho, hacia la ribera del mar, donde está el muelle, i desde éste parte la hermosa calle o malecon que lleva por nombre *Riva de Schiavoni*. Se elevan en el centro de la Piazzetta las columnas de San Marcos con su leon alado, i de San Teodoro con su cocodrilo, ambas de granito i trasportadas en 1127 de Aénas por el dux Michiel, cuyos chapiteles i bases fueron agregados en Venecia, como también las estatuas de los dos patronos.

De las sesenta iglesias que hai en Venecia, las que merecen llamar la atención despues de la basílica de San Marcos, son las siguientes:

Santa Maria dei Frari de estilo ojival, del siglo XIV, considerada como la mas estensa de Venecia. Allí está el monumento dedicado al escultor Canova, por el modelo que el mismo dejó con este objeto; en frente otro magnífico monumento al no menos célebre Ticiano, que está casi divinizado allí, pues la construcción de dicho monumento se pareció mucho a un altar. Pero lo que mas me llamó la atención por los recuerdos históricos fué la tumba de Francisco Foscarini, muerto de dolor en 1457 al ver consumirse la ingratitude injuriosa de sus concudadanos oyendo la campana de San Marcos, que se anunciaba un proximo asesino.

San Giorgio Maggiore, en la isla de su nombre, notable por su arquitectura, según los inteligentes, i obra de Paladio. Es una cruz latina, i la iglesia de Santa Ana, de Santiago, puede dar una idea de su forma a los que no la hayan visto. El altar mayor es solo una gran mesa, sobre la cual hai un mundo dorado, sostenido por los cuatro evangelistas de bronce negro, i sobre él el Padre Eterno. Todo el grupo está rodeado de ángeles arrodillados, también de bronce negro. El coro, con sus 48 sientos, representando la vida de San Benito, en grandes tallados, es una obra digna de admirarse en esta iglesia.

Santa Maria de la Salute, grandioso templo, notable por su forma octógona i que proporciona una vista admirable a los fieles cuando asisten a los santos oficios. Las columnas del altar mayor pertenecieron al templo de Palas en Roma. En el centro hai una lámpara de plata de 482 libras de peso, regalada por cincuenta damas con ocasion de la primera epidemia del cólera en 1836. El pié de dicha lámpara está enterrada la primera familia víctima de este atroz azote de los pueblos.

Descalzi, arquitectura de Longhena, como la anticior, la iglesia que mas descuellan por su profusión i variedad de ricos mármoles, construidos sus altares a competencia por siete familias. La ornamentación de esta iglesia es recargada, según los inteligentes, pero seduce para los legos en el arte, como nosotros, tanta riqueza reunida; i, lo confesamos sin rubor, fué una de las iglesias de Venecia que mas nos llamó la atención. En la época de nuestro viaje se restaura el frontis, i quedaría el mas elegante i alegre de la ciudad, aunque el espíritu anticuario de muchos les haría preferir los deterioros de sus compañeros.

San Giovanni e Paolo es notable por su arquitectura i decoración, pues su exterior es como la mayor parte de las iglesias chilenas, sin estucos, i solo debe visitársela por ser el verdadero panteon veneciano, ricó en monumentos de muchos dux, entre ellos Mocenigo, Lorezano i Vendramin.

San Torje de los griegos es una iglesia disidente, del rito griego, i como todo extranjero pagué tributo a la curiosidad de asistir a sus oficios. Solo llaman la atención del viajero sus ceremonias religiosas, que se diferencian mui poco del rito católico: la misa es casi igual. El altar está separado por una reja, al través de la cual es fácil ver bien a los oficiantes; no se usa el órgano; solo el canto llano. La torre de la iglesia es inclinada como la de Pisa, pero su construcción difiere mucho.

Despues de esta ligera descripción de las principales iglesias venecianas, i por no fatigar al lector no digo nada en particular de sus numerosos i ricos cuadros, mosaicos, bajo-relieves en mármol i bronce, donde el arte se ha apurado a porfia por las muchas celebridades venecianas i de otros estados italianos, — pasará a dar una idea del inabordable i soberbio palacio de los dux, cuya arquitectura ofrece un interés general, y una gran variedad en la ornamentación por su parte material, como por los extraordinarios sucesos que en él han tenido

lugar en tiempo de la República. Su arquitecto Calendario fué colgado como conspirador i el dux Marino Faliero, que dió principio a su construcción, decapitado en la galería del palacio por la conspiración contra el Consejo de los Diez i de los Cuarenta, denunciado por su cómplice Beltrano. Muchas veces incendiado este monumento veneciano, ha sido restaurado por Antonio della Ponte, teniendo cuidado de no variar su distribución ni estilo. Subí por la escalera de los Jigantes, i se me mostró el sitio donde, según la opinion de muchos historiadores, fué decapitado Marino Faliero, asercion desmentida por Galiberti, que dice:

«Todos los historiadores i poetas están conformes en decir que Marino Faliero fué decapitado en la escalera de los Jigantes; pero despues de las investigaciones consignadas en la excelente obra de M. Renier Michie, «Origine delle feste veneziane,» es evidente que esta opinion es del todo equivocada. La escalera de los Jigantes no se edificó hasta fines del siglo XV, mas de cien años despues de la muerte de Faliero, i no solo esta escalera, sino hasta toda la fachada del palacio en que está apoyada, la puerta principal i las dos terceras partes de la fachada del palacio correspondiente a la Piazzetta.» (2)

En el patio del palacio todo agua pura de las dos cisternas que hai allí. En Venecia hai unos ciento cincuenta cisternas, pero son raras las que tienen agua de buena calidad.

Horroriza en aquel suntuoso palacio la vista del lion delatorio, donde por la boca de un bronze se echaban las cartas anónimas para la condenación de muchos ciudadanos inocentes, víctimas de la venganza de un enemigo. Bastaba las mas veces decir que folano era un conspirador, i el Consejo de los Diez, terror del pueblo i del mismo dux, impuesto del contenido de la esquelna denunciatoria, hacia comparecer a los acusados i eran arrojados a las terribles prisiones que existen en el mismo palacio, i de las cuales daré una ligera idea mas adelante.

El infeliz que caia en estas tétricas celdas solitarias, pasaba al puente de los Suspiros, a sea atado suspendido sobre el canal que está a los pies del palacio. ¡Desde allí eran arrojados sin cabeza en las aguas, apareciendo despues en otros sitios de las lagunas! Durante la dominación de Napoleón se quitó ese buzón, ahorrando con su vista muchos tristes recuerdos, i en el día solo está marcado el hueco.

En seguida subimos la Escalera de Oro, llamada así por las ricas decoraciones que tiene, por donde solo subian en otro tiempo los nobles inscritos en el libro de Oro. Ella da acceso a la *Sala del Gran Consejo*, vasto salon de 154 pies de largo i 75 de ancho, en cuyos muros i arseñados están pintados con suma exactitud los fastos de la República. A la derecha está el famoso cuadro del fecundo Tintoretto representando las Glorias del Paraíso, de 10 metros de alto por 25 de ancho. En el nicho de la Gran Veranda, perteneciente al mismo salon, se ve la primera obra de Canova, la estatua de San Juan Evangelista.

tua de San Jorje, que trabajaba el famoso escritor por la exigua remuneración de diez centavos diarios. Desde esta ventana se goza de una hermosa vista a las lagunas.

Sala del Escrutinio. Aquí se vota para la elección de los dux. Sobre las cornizas de la sala están los bustos de todos ellos hasta Manin, que en 1849 hizo la revolución al Austria i Venecia, volviendo ésta después, como sabemos, a su antiguo dominio hasta la última libertad de la revolución italiana. Noté cinco nichos vacíos para cumplir el adorno de la sala.

La sala de las escrituras, llamada así porque servía para guardar las legas de escrituras de los miembros del Gran Consejo. Esta sala fué el primer dormitorio del dux. Vimos allí también varias estatuas mitológicas pequeñas, imitaciones de la antigüedad, i un pití colosal hallado en Roma.

Sala del Escudo. Encierra armarios de los soberanos i muchos mapas del mundo conocido ántes del descubrimiento de América, entre ellos uno trabajado en 1460 por Mauro, muy avanzado en conocimientos geográficos. Para la época en que se hizo, i vi también seis planchas de madera trabajadas en Túnez en 1559 representando el globo terrestre.

Sala del Capi o de los Tres. Este consejo se formó después del de los Diez para juzgar a éstos en la época de mas tiranía de aquella aristocrática república. Por esta sala entraban los condenados á las prisiones, donde eran juzgados.

La sala del Consejo de los Dios es sencilla, i el costado de los bancos es semicircular. El cielo rasó tiene ricos i meritorios cuadros, de los cuales dos han sido trasportados a Versalles i a Bruselas.

La sala de las Cuatro Puertas se comunica con algunas de las enumeradas, i encierra cuadros de Tintoretto, Ticiano, Vicentino, etc.; i es una especie de vestíbulo del palacio.

Sala del prelati o del Senado. Aquí deliberaban los nobles sobre los negocios públicos, i el dux llamaba a aquellos que creía aptos para ocupar algun destino.

Sala del Colejio, donde se recibía a los embajadores extranjeros. Tiene unas ricas puertas que pertenecieron a la mezquita de Santa Sofía en Constantinopla, trabajadas en mosaico, de maderas diferentes, i entre ellas del Líbano.

Para concluir esta pálida descripción del palacio de los dux, diré algo sobre las horribles mazmorras en que eran sepultados en vida los decaídos venecianos, a las cuales penetré por la escalera de los gigantes i en seguida por un pasadizo oscuro, viendo a la derecha de éste una escalera que baja de la Sala de los Tres, i debo advertir que la puerta por donde entramos se ha abierto después, i los reos bajaban por la escalera que comunica con la sala de los Tres. Un viejo republicano fué nuestro guía, i enterneció nos mostraba las celdas solitarias de los infelices condenados, i nos decía que el que se fuese de allí no volvería más.

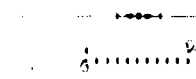
Sala del Consejo de los Tres. Este consejo se formó después del de los Diez para juzgar a éstos en la época de mas tiranía de aquella aristocrática república. Por esta sala entraban los condenados á las prisiones, donde eran juzgados.

ño por ventana. En cada calabozo hai una tarima que servía de cama. En un rincón de un caprichoso pasadizo hai un espacio de tres varas que estaba separado del resto de él por gruesas cadenas, que en el día no existen, i era destinado para estrangular a los reos con un cordón de seda.

Cubramos este espantoso cuadro de la antigua Venecia, i pasemos a recorrer los palacios del Canal Grande, mas de nuestro agrado i del lector, ya impresionado, como le suponemos, con los suplicios de que se servía el terrible Consejo para deshacerse de sus enemigos.

FORLIS P. DEL SOLAR.

(Concluirá.)



¿Seré feliz? Hay una voz secreta
Que murmura á mi oído tus palabras;
Y, pues flo en mis sueños del poeta,
Quiero yo que tus labios entrelazas.

Quiero que al fin en la emoción vehemente
Que en tus raptos ingenios se revela
Me hagas saber lo que tu fe presente
Al ver el porvenir que mi alma anhela.

Quiero, sí, que tu espíritu severo,
Sin temor, sin doblez i sin desvío,
Me haga ver que en los gozes que yo espero
No habrá sombras, ni bien, si han de ser míos.

¿Qué me dirás?... Tu afecto generoso
Ha de salvar mi corazón doliente
Al derramar con hábito piadoso
Sus lágrimas de amor sobre mi frente.

¿No es cierto, di, que en tu piedad bendita
He de hallar un tesoro de ternura?
¿Que aquí, en mi corazón, habrá infinita
Fuente de gratitud por tal ventura?

Y qué más... si aun parece que miro
En tus ojos oscuros de gacela
Las lágrimas de amor por que deliro,
Y hasta el alma que en ellos se revela.

Y extasiado á la dicha que así ofrezco
Á la noble ambición de mi deseo,
Veo ya que mi espíritu mil veces
De tu afecto inmortal lleva el trofeo.

Y con él, disipando las tinieblas
Que anublaban mis sueños ideales,
Siento que al fin entro ilusiones pueblos
Mi frente de aureolas celestiales.

Y al rumor de las frases seductoras
Que de tus labios conmovida exhalas,
Veo en tu corazón polen de auroras,
Y por ir hasta ti me he en las alas...

¿Seré feliz? Hay una voz secreta
Que murmura á mi oído tus palabras;
Y, pues flo en mis sueños del poeta,
Quiero yo que tus labios entrelazas.

FORLIS P. DEL SOLAR.

SOBRE EL LENGUAJE (7)

Bajo este mismo título, don Carlos Martínez Vigil acaba de publicar en Montevideo un interesante folleto en que analiza otro del conocido i reputado escritor peruano don Ricardo Palma.

El trabajo de este último se dió a la estampa por la primera vez aquí en Santiago en las columnas de *La Lei*, i posteriormente, se reimprimió en Lima con el nombre de *Neologismos i Americanismos*.

Ambos opúsculos se leen con gusto i provecho; i ya que entre nosotros se conoce el del señor Palma, voi a decir unas cuantas palabras sobre el otro que le sirve de complemento.

Su autor es un jóven lleno de talento i de erudición, que figura con brillo en la prensa.

Es poeta; pero su principal afición parece ser el estudio de nuestro idioma.

Las personas que se ocupan en depurar el lenguaje, estrayendo las escorias que lo vician, sin cerrar por eso la puerta a las adquisiciones que vengan a enriquecerlo, ejecutan una obra altamente meritoria.

Don Juan María Gutiérrez, estampa, como un lema, en el frontispicio de la *América Política*, el siguiente aforismo de don Rafael María Baralt:

«Ningun lazo de union i afecto entre los pueblos será jamas tan fuerte, como el cultivo de las mismas artes i del mismo idioma.»

Efectivamente, un lenguaje correcto i esmerado produce una comunión fácil i espedita entre todos los individuos que habian la misma lengua, aun cuando estén separados por cordilleras i océanos.

Se estiende a mas.

Nos pone en relación inmediata con las generaciones pasadas, aunque se interponga entre ellas i la fúestra la losa de la tumba.

He dicho un lenguaje correcto, i me afirmo en ello; porque uno desaliado i defectuoso, léjos de atraer, repele.

Causa un fastidio inevitable conversar con un tartajoso, i una fatiga mortal i desear un manuscrito o impreso redactados en una jerigonza estrafalaria; a que un poco de gramática i de diccionario habria dado claridad suficiente.

Por este motivo, siempre he aplaudido toda obra que tienda a mejorar nuestro lenguaje.

La lectura de la del señor Martínez Vigil me ha sujerido algunas observaciones que someto al ilustrado criterio de su autor.

Permítaseme desde luego llamar la atención al siguiente pasaje en que noto una pequeña equivocación:

«*Amoradasar*. Estando anticuado este verbo con las significaciones de *morder* i *maldecir*, soi de de sentir que podría adoptarse con la que a *amordazar* (poner mordaza) le asigna el *Diccionario* de la Academia, el cual verbo manosea en América.»

Vamos por consiguiente a padernos de ver en su idioma.

Agrupado por el Sr. Forlís P. del Solar en la Libertad Electoral de Santiago de Chile, en la edición de 1890.

El *Diccionario de la lengua castellana*, en la undécima edición publicada en 1869 consigna literalmente:

Amoradasar, anticuado. Morder o maldecir. *Amoradasar*. Poner mordaza. El *Diccionario* vijente, duodécima edición, dada a luz en 1884, ha reformado las cosas. Leemos en él:

Amoradasar. Poner mordaza. *Emoradasar*. Poner mordaza.

El autor del folleto de que trato, se halla, pues, servido a la medida del deseo.

Es claro que ambos verbos pueden aplicarse bien sea a una persona natural como un reo, bien sea a una persona moral como un congreso.

Amoradasar se usa tambien en España en uno i otro caso.

En un libro titulado *La Revolución de julio en 1854*, escrito por el académico i eminente orador don Cristino Mártes, he visto empleada en dos o tres ocasiones esta locución:

«La prensa estaba *amoradazada*.»

Sobrada razon tiene don Carlos Martínez Vigil al sostener que *carai* es un vocablo empleado tambien en España, aunque no venga en el *Diccionario*.

Está muy distante de ser un americanismo como lo asienta don Camilo Ortíz en su *Vocabulario de locuciones vijiosas*.

En comprobación de lo que afirmo, puedo citar pruebas escritas.

Carai es un disfraz de otra expresión grosera, bastante usada en España i América, que el *Diccionario* académico no consigna en sus páginas, i que Walter Scott pone en boca del mayor Dalgetti en *El oficial aventurero*.

Los españoles dicen tambien ¡*carai!* en sus desahogos; i de ello da testimonio don José López Silva; que en su recogida obra *Los barrios bajos* escribe:

¡*Carai!* si no me interrumpo con tiempo, bueno lo pongo.

(*La Flanchar*.)

Carai, pues vaya usted.

(*En la barbería*.)

Un personaje llamado Hdefonso que figura en la novela *Anjel Guerra* de don Benito Pérez Galdos, repite muchas veces la misma interjección, como se ve en las siguientes frases que tomo de la parte segunda, capítulo I, párrafo 5:

— «¿Clérigo ya...? ¡Vamos, hombre, déjeme a mi de clérigos... *carai!*»

«¿Hacer casas, iglesias i torres? ¡Que las hagan los albañiles, que para eso están, *carai!*»

«*Fregar* por *justidar* (escribe don Carlos Martínez Vigil) es empleado no solamente en el Perú, sino tambien en Colombia, en Chile, en el Plata i probablemente en toda Hispano-América; pero opino con el muy apreciable autor de *Resenas al Diccionario de Chile*, que palabras como ésta i sus derivados deben prohibirse del lenguaje culto.»

Casi todos los autores de vocabularios hispano-americanos, han hablado extensamente sobre este uso de *fregar*, que reputan neológico i peculiar de América.

Miéntras tanto, en mi sentir, solo se trata aquí de una simple metáfora, empleada a veces por algunos escritores españoles.

Don Joaquín Dicenta, en la escena 4 del acto II de su drama titulado *Juan José*, pone esta frase en boca de un personaje llamado Andrés:

«¡En menudo *fregao* nos metiste!»
En el sainete rotulado *Las dos viudas*, por don Ramon de la Cruz, se lee:

INGENOCIA

Poco á poco;
¡tú véte á tu fregado.

ORIADA

¡Ya lo sé! Todo está limpio;
lo que yo quisiera un rato
aprender de ustedes es
á *fregar* sin estropearlo.

GARABITO

«Me teneis ya *frito*, señor secretario.»

SECRETARIO

«Esa es una metáfora; pero si persistis en tan ridículo empeño, se os freirá positivamente.»

Es claro que estas materias de decir han de emplearse con discrecion i oportunidad. Así no sería tolerable que en el drama *Don Juan Tenorio*, en medio del tierno i apasionado coloquio que entablan doña Ines i su seductor don Juan, éste dijera:

¡Huyámos, Anjel de amor,
porque, si a tu padre ves,
estamos *fritos*, Ines;
evitemos su rencor.

Si don Gonzalo nos pilla,
fregarnos ha de querer,
pues su intencion ha de ser
recobrar a su chiquilla.

Pero creo que no habria inconveniente para que, en *Don Alvaro* o *La fuerza del sino*, el hermano Meliton, en vez de decir: «No me *frieguen* con el padre Rafael», hubiera exclamado: no me *frieguen* con el padre Rafael.

Entre los vocablos de que trata don Carlos Martínez Vigil, se encuentra *fritanga*, acerca del cual se espresa como sigue:

«Empleada en vez de *fritada*, tiene esta voz tanto uso en América, que es imposible desterrarla.»

«Parece sin embargo (observa Amunátegui Reyes) que la voz *fritanga* no es desconocida en España, como se ve por un trozo copiado de un artículo escrito por don José Ortega Munilla.»

En comprobación de mi aserto, puedo agregar otro testimonio, tambien irrecusable.

«El insigne literato don Benito Pérez Galdos acepta esta dición.

En la novela titulada *La Prohibida*, tom II, capítulo 16, trae el pasaje siguiente:

«Sentíamos rumor de *fritangas* en la cocina, i estreñamiento i bair de huevos.»
I en *El Excmo. Centeno*, tomo II, página 70: «Procura reproducir... aquel olor de *fritanga* que desde la cocina se espacia por toda la casa saliendo hasta la escalera para

dar el *quién vive* a todo el que entra.» Igual expresión emplea este autor en sus novelas tituladas *Fortunata i Jacinta i La Familia de Leonor Roch*.

El Diccionario de la Academia Española da al verbo *hincar* este significado: introducir o clavar una cosa en otra. No expresa que dicho verbo pueda usarse como reflejo.

Define el verbo *arrodillarse*: hacer que uno hincase la rodilla o ambas rodillas.—Ponerse de rodillas. Dado este antecedente, ¿puede decirse correctamente: *hincarse de rodillas*? Don Carlos Martínez Vigil sostiene que esta locución no es exclusiva de América, ni es neologismo, ni cosa que lo valga. Aduce en apoyo de su opinión, entre otras, una frase del *Quijote* en que Cervantes la usa. Por mi parte, puedo citar un verso de Lope de Vega en su comedia titulada *El Hijo de los tocinos*, acto II, escena 7, en que el fénix de los ingenios hace otro tanto:

Hincase todos de rodillas para adorarlas i verlas.

Don Eujenio de Ochoa emplea indiferentemente las dos locuciones *hincar la rodilla* e *hincarse de rodillas* en una misma página de su traducción de una obra escrita por el presbítero Gerbet bajo el título *Consideraciones sobre el dogma jehudar de la piedad católica*:

«Todos los asistentes *hincan la rodilla* en tierra.—El sacrificador manda que todos se *hincen de rodillas*».

Mui luego copiaré un pasaje de Tirso de Molina en que el festivo dramaturgo la usa también.

Pero ¿para qué afanarse en comprobar con el testimonio de insignes hablantes una locución que está autorizada por la misma Academia?

Esponiendo una de las acepciones del verbo *postrar*, el tribunal del idioma se expresa testualmente como sigue: *Hincarse de rodillas*, humillándose por tierra; ponerse a los pies de otro en señal de respeto, veneración o ruego.

En la *Gramática de la lengua castellana*, autoriza también la locución *hincarse de rodillas*.

El silencio del Diccionario a este respecto es simplemente un olvido.

Después de esta cuestión, don Carlos Martínez Vigil se pregunta si puede usarse el verbo *hincarse* sin complemento en el sentido de *arrodillarse*.

Piensa que no. «*Hincarse*, por sí solo, dice, no sé que significue otra cosa que clavarse». No me atrevo a sostener otro tanto.—Hai muchos hablantes que dan a *hincarse* la acepción de arrodillarse. Voi a citar a algunos.

Tirso de Molina usa las dos locuciones. En la comedia *Quien no vive no levanta*, acto II, escena 2.^a.

i sabrás las maravillas que contra nuestras desgracias agreste rosario encierra.

LEONELA

En fin, ¿nos hemos de hincar?

Don Jose Joaquin de Mora escribe en la leyenda *El bastardo*, octava 25:

Hincase Enrique, i al besarla ansioso (quiero decir la mano), entra Villena.

Don Rafael Maria Baralt se expresa como sigue en el capítulo 16 de su *Resumen de la historia antigua de Venezuela*:

«La opinión hizo prevalecer el uso de que las paldas no se sirviesen de alfombras para *hincarse* o sentarse en los templos.» Don Ramon de Campoamor dice en *El Drama Universal*, jornada IV, escena 21:

Mientras él la veía, ella buscaba, hincada al pie del confesor, consuelo; i mas bien que pecados, confesaba mil dicitos aprobados por el cielo.

Don José Zorrilla se expresa también del mismo modo en su leyenda tradicional titulada *El Desafío del diablo*, como se ve en este pasaje, tomado del párrafo 13 de la parte II:

Pálida como un espectro, a la mañana siguiente, en el coro, de repente Beatriz se presentó. Hincóse junto a la reja, Grava devoción fingiendo, i las miradas tendiendo, por el templo desde allí.

Como solo he tenido el propósito de dar una breve noticia del opúsculo publicado recientemente por don Carlos Martínez Vigil, omito otras observaciones que me obligarían a extenderme demasiado.

Lo dicho basta, en mi sentir, para patentizar el verdadero interés del referido trabajo, que revela en su autor una gran laboriosidad i generalmente un buen criterio.

Considero que los estudios sobre el lenguaje son siempre provechosos; i que, por lo tanto, la lectura del folleto sobre que he discurrido puede prestar más de un servicio al que recorra sus páginas.

Así como los pintores aprenden las reglas del dibujo i se inician en los secretos de la paleta antes de ejecutar sus cuadros, del mismo modo los literatos deben conocer los recursos del idioma antes de dar vida i cuerpo a sus concepciones.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES.

Perfiles a vuela pluma

PEPE ROSAS

Después de pedirles la venia, presento a Vds. a Pepe Rosas.

— Y quién es Pepe Rosas? ¿Qué empleo tiene? ¿Cuál es su edad y posición social?... Pepe Rosas es un hombre de mundo, pero es tan mundano y tan del mundo se trata, que jamás quita el don —

lo cual no es mucho quitarle ahora que no hay modo de escoba ni fregona que no lo gaste: — lo mismo que se le quita a Pierola, a Candamo, a Ricardo Palma, a Luis B. Cisneros y demás, compañeros mártires.

Pues, como iba diciendo, Pepe Rosas es un distinguido sujeto, de oficio solterón, de edad... de edad... ahí está el quid; i se le preguntará si el cuantos años tiene, tal vez se dirá, como cierto amigo mío, que, como no se los han de robar, no se ocupa de contárselos; o como decían nuestras abuelas: «Tengo los que represento.» Y trabajo os mando si los proponéis despejar tal incógnita; porque si os es dado penetrar a su aposento y lo veis en bata de mañana, muellemente reclinado en un diván, con el caballo y el bigote de color de bronce antiguo que acusa un tinte de la antevíspera; un puro oprimido con las encas, pues los dientes — y hermosos dientes a fe, obra maestra de Gailfour, — están refrescándose en una linda taza de cristal de roca; con las mejillas que por haber perdido el centro de gravedad tienden a apoyarse sobre la barba que a su vez es solicitada por la nariz; y los ojos que, fruncidos por efecto de la espesa columna de humo que del habano se desprende, forman sobre las sienas — más surcos y camellones que tiene un terreno recién arado, si lo veis en ese instante crítico, cuando menos le adjudicáis de 35 a 60 enemigos malos.

Mas si lo encontráis a las cinco de la tarde ante la puerta de Guillón donde acaba de hacerse la barba y de perfumarse; con un vestido de la estación cortado por la diestra tijera de Paul; guantes de color de avellana que más que cosidos parecen adheridos a la aristocrática mano que apoya coquetamente un fino bastoncillo de ébano con empuñadura de oro, seguro que opináis:

«Este caballero podrá tener hasta 36 ó 37 años, pero está muy bien conservado.» Y si tanto le adjudicáis es porque lo veis junto con Arturo, Julio y Guillermo, los leóns del día, y con algunos otros jovencitos, meritorios de hombre, quienes, por ver si les crece, se retuercen el incipiente bigotillo de los llamados de ceja de vieja; pollos que, aunque por detrás los llamen tío, se deleitan oyéndole las anécdotas picantes ó las noticias íntimas sobre cada una de las niñas ó señoras que pasan dentro del radio que abarcan sus finos lentes de oro.

Y, a propósito, vosotras las que este cuencillo leáis, estaréis como la que lo escribe, hartas de oír achacar a las mujeres dos defectos: la curiosidad y la murmuración, defectos que si no son privativos de la humanidad, que es lo más probable, son esencialmente masculinos. Si lo dudáis, que no lo creo, ponid a prueba a cualquiera de vuestros parientes ó conocidos; fojad algo que tenga visos de misterio; fingid que queréis oír las cosas algo, y ya veréis que toman más fuerte empeño en descubrir el supuesto secreto que Andrés en explorar el Polo Artico; y que capaces son de no comer pan a manteles como el hidalgo manchego y de no repetir tranquilamente una vez sus ideas a sus compañeros de viaje.

En cuanto a la murmuración, cierto que a

ninguna de nosotras le falta su tijerilla más ó menos afilada y que oportunamente nos servimos de ella para dar un plquetazo a un vestido de colores chillones ó de corte anticuado; a un sombrero que no viene bien a la que lo lleva; pero también es cierto que casi siempre nos quedamos en la superficie; damos alfilerazos en la epidemia sin profundizar los rasguños. En cambio ellos gastan navajas tajantes y cortantes; se van a fondo y son capaces de dividir a un prójimo ó a una prójima desde la mollera al riñón.

Pero volvamos a Pepe Rosas y la edad que cuenta. Ya tienen Vds. dos datos para deducirla, aunque tan heterogéneos que en vez de completarse el uno al otro, se contradicen; pero aun nos falta un tercero que agregar que tal vez haya más luz.

Si lo observáis cuando vestido con el aristocrático frac lleva gallardamente abrazada del tallo a una hermosa chica en las vertiginosas vueltas del vals, y que cual hábil piloto evita los escollos y colisiones con veinte parejas que se mueven locamente en un reducido espacio, de seguro no le adjudicáis más de 30 años.

Ahora ved si tenía razón al decirnos que averiguar la edad de un sujeto tal como Pepe Rosas es una incógnita muy difícil de despejar.

En cuanto a posición social, ya habréis barruntado que, si no pertenece a la *crema* ó a la *high-life* como se estilaba decir ahora, por lo menos se roza con ella y goza de sus simpatías. Las mamás con quienes bailó y de quienes fué galante taballero, lo ven ahora prestar idénticos servicios a sus hijas y tal vez si llegarán a verlo igualmente rendido y solicitado con sus nietas.

Siempre listo para ofrecer su brazo a una señora, para alcanzar el abanico a una joven, para decir una flor a todas, es querido, considerándolo todos como un bien comunal a que todas y todos tienen derecho.

Su erudición de sociedad es vastísima; sabe de *pe á pa* la crónica de los salones y los escándalos de actualidad; y como además posee talento narrativo, los lance más triviales adquieren gracia y maliciosa intención cuando él los refiere; de allí que siempre es escuchado con gusto.

Si es decidido por el baile, no es menos apasionado de la música y de la pintura. En literatura, conoce las obras de los principales poetas y novelistas españoles y franceses y no pocas de los italianos, ingleses y alemanes; y como es memorioso, se asimila fácilmente cuanto lee ó escucha.

En resumen, Pepe Rosas es una enciclopedia parlante que, sabiéndola hojear con tino, puede proporcionar tan buenos ratos como esos libros recreativos que ayudan a combatir el tedio á bordo y en el ferrocarril: aquellos que se leen con gusto y se dejan sin pena.

Si se hubiera dedicado especialmente a alguno de los ramos del saber, quizá habría descollado en él; pero su inteligencia á manera de líquido que se extiende en anchurosa superficie, ha abarcado muchísimo y profundizado nada.

Los principales componentes de su erudición moral, como la de todos sus congéneres, son: el egotismo, en primer termino; y

por aditamento la indolencia. Poseedor de una fortuna mediana que le permite vivir con cierta holgura, no se afana por aumentarla; para ello tendría que hacer esfuerzos que de que no se encuentra capaz; él nació para vivir y no para trabajar; es epicureo más bien que estoico.

Pudo haber constituido una familia honorable, pero esencialmente egoísta, vió del matrimonio únicamente las cargas y optó por vivir solo como un hongo; cogiendo, sí, al paso, siempre que la ocasión se ha presentado, la fruta del cercado ajeno; siendo en este sentido, igualmente que todos los de su gremio, verdaderos microbios generadores de la gangrena social.

Sin embargo, no falta quien asegure que allá en tiempos remotos, cuando los resabios de la edad no le habían encallecido el corazón, rindió éste á los encantos de una bellísima rubia; pero le sucedió algo semejante á lo que reza el cantar:

«Una me dijo que sí; otra me dijo que no; la del sí, quería ella; la del no, quería yo.»

Y se agrega que desde entonces le hizo la cruz al matrimonio. Tanto peor para él que á pesar de su eterna juventud y de su profundo conocimiento del *arte de saber vivir*, pasa ciertos días de esos que Juan de Arona llamó «los días turbios», y en que es capaz de darse al mismísimo Lucifer; días en que el negro fantasma del suicidio se le presenta como único puerto de refugio; días en que con irritante amargura se imagina estar en su lecho de muerte rodeado de seres indiferentes á sus dolores, que espían el momento en que cierre los ojos para constituirse en sus herederos forzados ya que no forzados. Y recuerda á cierto millonario que murió miserablemente entre cóngojas y abandono, teniendo que recurrir á la policía para asegurar su persona y su caudal del que no le fué dado disponer después de haber pasado la vida entera en trabajar y atesorar. Y piensa en cuán distinta sería su suerte rodeado de una dulce compañera que compartiera sus penas y sus alegrías, y de hijos que perpetuarán su nombre, en quienes él se vería renacer y que derramarían lágrimas sobre su tumba. Y pasa revista á su estéril vida en que tan mal uso hiciera de los talentos con que le dotara el Creador; y justifico consigo mismo, reconoce que bien merece que sobre su tumba solitaria y abandonada se grave el epitafio aquel del español:

Don Fulano de Tal nació en Almanza; comió, bebió; murió y aquí descansa.

Allí tienen Vds. cómo Pepe Rosas, el hombre feliz, el alegre vividor, el fénix de los salones, justifica plenamente la verdad del conocido adagio: «No hay culpa sin pena.»

Después de una de estas crisis, nuestro héroe, desceoso de aturdirse, se lanza con nuevos bríos á la vida gaitane, y á fuerza de velar, logra vencer la hipocandía que lo consume; pero cuanto mas avanza el tiempo, los accesos son mas frecuentes y el humorado sufre que su horizonte se estre-

cha; que su cielo pierde los tintes rosáceos de la juventud; que una bardo espesa lo oprime y asfixia; que el fardo de la vida se va haciendo abrumador; y sin embargo tiembala al pensar en que se aproxima el instante de verse libre de su peso; él, materialista por farranoranda cuando hay quien lo escuché, á solas le aterrara la idea de volver a confundirse en el gran todo.

Y no es por cierto Pepe Rosas una *rara avis*, nada de eso; el género es abundante y pudiera citarlos á muchos; por ejemplo:

«No conocí á don Nicasio el rico propietario, de gustos sibaríticos que ha montado su casa consultando que no haya ruido que le moleste, ni mosquito que le zumbó, ni prójimo que á él se recueste? ¿Que pasa su vida ocupado en gozar de la dulce satisfacción de no hacer nada; que es creyente con la gente de iglesia, pervertido con los mundanos, y que, á toda otra, prefiere la sociedad de las viejas ricas, yendo en poz de pingües albaceazgos y de herencias baratas?»

«No recordáis á don Honorio, que hasta hace poco paseaba las calles de Lima con su vestido fior, de ceniza con sus patillas, con la nariz brillantemente satinada de rojo que revelaba devaneos juveniles, el monoculo encajado en la cuenca del ojo derecho y encandilándosele ambos siempre que á su lado pasaba alguna chica salerosa?»

Y don Aniceto el vejezuelo santulón que le da contrito los huesos á Dios después de haberle feriado la carne al Diablo; aquel de intelecto tan estrecho como su enjuta persona, que hipocritamente baja los pelados ojos cuando á su lado pasa una buena moza, y que, dándose golpes de pecho, presta su dinero al módico interés del cuatro por ciento?

Pues, y el jurisprudente don Catulo, de aristocrática nariz y quijotesca apostura, que llegado al agrudele de la vida ocupa en parrrandas y franchelas á la alta escuela, el tiempo que no emplea en enredar y torcer las leyes?»

Y tantos y tantos otros que pudieran citarse y que fácilmente reconoceréis al voltear cada esquina; en misa y en el paseo; en el sermón y en el baile; verdaderos bichos más nocivos y engorrosos que las pulgas y los zancudos; más dañinos y perniciosos que la influenza y la escarlatina.

Resulta, pues, que al presentarlos á Pepe Rosas, que al fin es un chico alegre, servicial, caballeroso y casi inofensivo, he tomado el ejemplar más simpático, más correcto y mejor encuadrado del apergaminado tipo del solterón recalitrante.

TERESA GONZÁLEZ DE HANSEN.

Lima, 1907.

Marta

Intensidad de la flor...
 Tu...
 Gran...
 De...
 De la...

Banda y ardiente como una chipa,
Buena y hermosa como una santa
Y más alegre que un carnaval.

Allí el desborde más luminoso
De la opulencia de lo precioso,
Allí los triunfos de lo verdoso
Le oyen al aura con inquietud,
Cuando la aurora, ojal mariposa
De alas de estrella, cuerpo de rosa,
Nace y sacude sus resplandores,
Estas estrofas de mi laúd:

Eres un numen en los torneos
De los poetas que con flores
De lirras llenas de galanteos
Conquistar quieren tu corazón;
Eres alondra de las foreostas
Donde en la hamaca vives las siestas
Cantando alegre mis *vidalitas*,
Pensando en ritmos de *pericón*.

Cuando en las aguas de un arroyuelo
Miras tu imagen con loco anhelo,
Como un divino girón de cielo,
En vez de un cuerpo, sobre ellas ves;
Porque posces tan lindas galas
Que tus dos brazos forman las alas
De un cuerpo de ángel, de algo tan bello
Que como un trozo de cielo es!

Tus acentos son tan suaves
Qué los vientos y las aves
Con dulcesimos concertos
Los pretenden remedar.

Y en tu verso
Celosía,
Noche y día,
Siempre amante
Mi cantar
Prende versos,
Mariposas
Luminosas
Que te quieren
Adorar!

Tu ondulada cabellera
Destrenzada es cual bandera
Sostenida por un hada
En las justas del amor.

Y en los días
Que en tus rizos
Sus hechizos
Desparan
Roja flor,
No hay quien duca
Que es tu pelo
Negro cielo
Do hay un astro
De color.

Siento nostalgias de amor, do idilio,
Cuando te encuentras lejos de mí.
Cuando mis brazos no son las ramas
De donde cuelgas
Tu hermoso nido de colibrí.

¡Ah! Si algún día, cuando se levanta
Riegas con lantú mi parteña.
Para decirte que no te olvida.
De tu parte la mía
Estará temblando mi corazón!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

CRÍTICA FILOLOGICA

Señor doctor don Carlos Martínez Vigil.

Estimado amigo:

Fué mi deseo, al recibir su hermoso folleto gramatical, escribir un artículo referente a su obra, y en el tal artículo dar cabida a algunos apuntamientos que he tenido la paciencia de hacer, desde ha algunos años, respecto del tema a que usted con tanta competencia consagra su atención. Pero el hallarme lejos de los dichos apuntes, y el ignorar cuando volveré al lugar de mi ordinaria residencia, son circunstancias que me han hecho desistir de mi primer propósito.

No voy a ejercer de crítico, si por tal se tiene solamente al que juega una obra con sujeción a los cánones de la retórica, a los severos preceptos de los adoradores del sistema inflexible de las *reglas*. Yo no puedo ser crítico a la manera del autor de *Ripios Ultramarinos*, porque, a mi juicio, el crítico que se caracteriza por las condiciones de Valbuena no se diferencia del cobrador de impuestos más que en la naturaleza del objeto en que emplea su labor. El que no pague el impuesto debe ser demandado ante la respectiva autoridad judicial, porque así lo prescribe el *Reglamento*, y no hay razón alguna que separe al cobrador de su auténtico papel de instrumento de la ley. Así, para Valbuena, el que entre mil vocablos escribe uno cuyo uso no ha autorizado el léxico oficial, debe ser condenado al universal desprecio, aun cuando se llame Galadós, Castelar o Valera.

Este último ha dicho al respecto lo siguiente: «Hay cierta crítica menuda que hace mucha gracia al público envidioso, que es muy fácil de ejercer, y por cuya virtud, ó mejor diré, por cuyo vicio, puede probarse, al menos en apariencia, que Garcilaso y Fray Luis de León fueron unos plagiaros y además unos ignorantes, que no sabían sintaxis, ni prosodia, ni nada, y que tenían orejas de asno como el rey Midas. En una palabra; con el método analítico, que hoy se emplea, con cuatro chuchudas y un poquito de mala fe, nada más llano que demostrar que el propio Homero era un mentecato.»

Yo hablaré solamente de las impresiones que debo a la lectura de su folleto *Sobre lenguaje*. Me referiré, pues, a mis subjetivismos, sin pretensiones de crítico, porque si pretendiera emitir una opinión en tal carácter, sobre no ser autorizada ni con mucho mi palabra, podría dudarse de mi imparcialidad. Hay ciertas obras que no puedo leer sin que me suceda lo que a Boissard censuraban sus contemporáneos: «absorbido en exceso por la admiración, se agotaba en entusiasmos.»

He leído su folleto, consagrándole no sólo la atención que requiere y merece, sino también reposadas meditaciones, en las cuales el pensamiento ha ido en alas de la asociación de ideas, a buscar hasta la más remota referencia que puede ó debe tener su trabajo a nuestra literatura, y hasta lo que para las letras nacionales representa la aparición de su obra.

En estas meditaciones he recordado con cariño el nombre de nuestro *Asno de Figueroa*, nombre que representa por sí solo toda una época de nuestra literatura. Figueroa fué un escritor tan castizo que apenas cabe serlo más; y desapareció, al fin, de nuestra escena literaria, deja un vacío desconsolador, que nos hace dirigir la vista hacia todos los puntos donde aparece un nuevo soldado de las letras, anhelosos de descubrir al que ha de ocupar, por el mérito de sus condiciones intelectuales, el alto puesto de donde descendió nuestro ilustre poeta, cediendo al fallo inexorable é ineludible de la Parca avara.

Recuerdo después al señor Washington P. Bermúdez, cuyo ingenio fecundo, puesto al servicio de las letras con verdadera devoción artística, nos trae a la memoria los mejores días de Figueroa.

Bermúdez es también durante largo tiempo una figura única en nuestra literatura, por la corrección primorosa de su estilo, por el rico y chispeante ingenio de sus *prolijos*, aplicados, ya a la literatura, ya a la política. Combate sin desmayar un instante en pró de la república de las letras, que, como otras tantas repúblicas, suele tener más hijos malos que buenos. Seduce con la hermosísima forma de sus composiciones en prosa ó verso, y así, con el ejemplo edificativo de sus obras, refuerza su prédica continua, dirigida a los malos escritores y encaminada a inspirarnos amor al idioma, que es el primer sentimiento que debe despertarse en el que aspira a ejercer de literato con el propósito de ser un elemento útil, no pernicioso, para el arte.

Recuerdo, algo vagamente, la opinión general de los estudios filológicos, llamados «estudios áridos», y me parece que esa afirmación no puede ser absoluta. Alguien cree que los estudios filológicos están reñidos con el sentimiento artístico; esto es, que no puede ser buen artista el que se entregue a estudios filológicos por pura vocación.

¡Qué diría de esto Leopardi, que era todo corazón, todo sentimiento! Leopardi, cuya vida fué consagrada a las letras con una profunda y absorbente pasión! Leopardi era a los veinte años un gran filólogo, y vivía siempre estudiando la lengua de su patria, pues aun cuando la conocía mejor que todos sus compatriotas contemporáneos (y no se preciaba de conocerla bastante, y decía de su idioma que era *la lingua regina di tut te lingue viventi, e delle morte, se non regina, certo non suddita*).—Y una vez que no encontraba una palabra italiana que tradujera fielmente esta griega *ἀδωξ* (hazaña), no se atrevía a decir que la lengua italiana no tuviera una palabra para traducir la vez griega, y dijo en cambio, con toda modestia: *Non si trova un tal nome lingua, che è sempre infantile*.

Parece estar de acuerdo con la afirmación

(1) «Nadie lo escribía a su amigo B. como se debe haber visto a Leopardi en Roma... y me acuerdo al ver delato...»

de Leopardi, Hipólito Taine, cuando dice: «Son precisos quince años a un escritor para aprender a escribir, no con genio, porque esto no se aprende, pero con claridad, elación precisa y propiedad. Ha tenido que sondear, profundizar diez ó doce mil palabras y expresiones diversas, notar sus orígenes, la filiación, las alianzas, reconstruir de nuevo y sobre un plano original todas las ideas y todo su espíritu. Si sin hacerlo quiere razonar sobre el derecho, el deber, lo bello, el Estado y todos los grandes intereses del hombre, vacila y da traspás, se envuelve en las frases vagas, en los lugares comunes, sonoros, en las fórmulas abstractas y rudas.»

Y Taine no hablaba a humo de pajas. Debemos, pues, tener muy en cuenta esas observaciones del gran descriptor filósofo, y no llamaremos estudios áridos a los filológicos, siendo así que son precisos quince años para poseer el idioma que nos ha de servir para labrarlos la reputación ó la fama que anhelamos. Lo que hace árido el estudio del idioma en que se escribe, son ciertas impaciencias juveniles. ¡A cuántos conocerá usted que sin saber lo más elemental de la gramática, quieren escribir y ser leídos y aplaudidos!

Por eso me parecen excelentes algunas observaciones como esta que usted hace: «Es que es imposible de toda imposibilidad que tras un lenguaje desatentado, rudo, lleno de desatinos, impropiedades y bajezas, no veamos un criterio estrecho, una inteligencia inculca, un espíritu ligero y atropellado, inconsulto adorador de la pasajera moda.»

Ninguno de los más renombrados tenores ha logrado celebridad sin haber estudiado el solfeo y la música preceptiva; pero con ambos estudios, muchas medianías han alcanzado honrosa fama. Dicen de Paganini, el célebre violinista, que no conocía la música preceptiva, y que las notas divinas que arrancaba de su violín eran la expresión espontánea de las vibraciones de su alma de Orfeo. Pues la música excelsa del célebre violinista murió con él! Si hubiera sabido escribirla, sería eterna, y la inmortalidad de su nombre tendría sólida garantía.

Con el estudio muchas medianías conquistaban patente de genios, y sin el estudio muchos genios no pasan de medianías, cuando no se esterilizan por completo.

Criterio sereno, sagaz, iluminado por una erudición filológica que me atrevo a afirmar no poseen otros por acá en más cuantioso caudal, expresa usted su propio sentir de manera tan sugestiva, tan sensata y fundando sus ideas sobre tan sólidos cimientos, que no cabe contradecirle, que no cabe discutirle.

El punto de vista donde se halla colocado para observar y examinar los problemas filológicos, se descubre en estas pocas palabras: «...no están en la verdad ni los que piensan que una lengua puede ser indiferente al progreso ni los que se agitan en un diccionario debe contener a todo, sin más cánones y límites que los impuestos por las versatilidades y caprichos del

vulgo necio;» y éstos: «... es necesario asar con tiento en materia de admisión de neologismos, si no queremos perder, españoles y americanos, las ventajas, las enormes ventajas de un idioma común.»

Ni tiene usted la benevolencia y liberalidad extremada de Rivodó, por lo que toca a la admisión de neologismos que el uso vulgariza, ni peca de exagerado en su espíritu conservador, como lo era Hermsilla, por ejemplo.

Se ve al crítico artista a través del filólogo, y esto es lo singular, lo que despierta en mí ese entusiasmo de admiración de que al principio hice mérito; porque rara vez se hallan reunidas en un solo espíritu tales condiciones. Llena está la historia de la literatura de retóricos a lo Quintiliano, que habla desdenosamente de las inmortales obras de Lisquilo, y admira con intensidad ridícula las tragedias de Eurípides,— y cita a Homero como orador, sin hacer mención de sus condiciones de poeta. A cada paso se encuentra un retórico a lo Hermosilla, quien quería obligar a todo poeta a escribir como Fray Luis de León, y a maldecir el nombre de Lope de Vega, porque éste, cuando escribía, encerraba bajo cien llaves las reglas y preceptos, y en alas de su genio poético se elevaba a esas regiones misteriosas que jamás alcanza a explorar el crítico que gira en torno del estrecho círculo de las reglas. Para los retóricos como Hermosilla tenía Baudelaire estas palabras:

«Frio, tranquilo, imposible, el genio demostrativo rechaza los diamantes y las flores de la Musa; es, pues, lo absolutamente contrario del genio poético.»

Usted no adolece de esa pedantería insufrible de los retóricos esclavos de las reglas, y con criterio de artista juzga las cuestiones de lenguaje teniendo en cuenta los principios de la estética y la ley de evolución. Hasta ahora generalmente los que se han ocupado en estudios de esa índole, han sostenido el extremo de las dos doctrinas opuestas. Unos como Rivodó, quien pretendió que todo lo usado se adopte, y otros como Gautier, el cual decía: «Solamente los herborizadores y los boticarios son los que inventan neologismos.» Zola dice: «El pueblo, todo el pueblo entero construye la lengua, cuyos elementos toma a cada instante en el uso. El intento de inmovilizar una lengua, la pretensión de que basta resucitar las palabras viejas, es un capricho de poeta.»

Estamos de acuerdo con Zola en cuanto a que el pueblo es quien construye la lengua. Pero yo añadiré que hay que fiscalizar mucho al pueblo en esa tarea; acompañarle cuando va por buen camino, y encaminarlo cuando se extravía.

Por acá todo observador echa de ver el entusiasmo con que el vulgo acoge neologismos y galicismos que no sólo tienen el defecto de ser superfluos, sino que además son malos y contribuyen más bien a emborronar y afear el idioma que a prestar algún servicio. Para la admisión de estas voces nuevas hay que tener en cuenta el origen de su uso entre nosotros, pues casi siempre habrá que rechazar los vocablos que usa y vulgariza el ignorante, porque no conoce

nuestro idioma, y habrá razones para autorizar el uso de los que se deben a la necesidad de expresar una idea nueva, para la cual no haya en el léxico oficial un signo apropiado para su significación exacta.

¡Por qué hemos de admitir, con los ignorantes, que se llame *educacionista* al educador, *alienado* al demente, etc? ¡Por qué hemos de admitir, como usted hace notar, las *maritimas*, *puchuelos* y *chamelicos* de los peruanos? En cambio, no debemos rechazar voces que la necesidad ha hecho crear y el uso ha impuesto, tales como *caudillaje*— a propósito de la cual palabra acota usted tan buenos ejemplos,— *ganchaje*, *gancha*, (*)

A propósito de esta última voz, advertiré que la escribo como usted y muchos otros, pero no porque tenga convicción de que así debe escribirse. Es una palabra creada por nuestros campesinos, de manera que ellos son más autoridad que nadie, y ellos no dicen *gancha* sino *gáucha*, dando bastante expresión al acento prosódico en la *a*. Los que suelen pronunciar *gáucha* son los napolitanos, debido al dejo de la pronunciación característica del dialecto en que se expresan.

Espero no de usted a estos mal pergeñados apuntes otra significación ni otra importancia, que en cuanto expresión fiel y sincera del profundo interés con que he leído su hermoso folleto.

Saluda a usted afectuosamente y con toda consideración

PEDRO COSIO.

Montevideo.

El Periodista

Gran luchador, apóstol soberano,
vas disipando la tiniebla densa
y esclareciendo el pensamiento humano
con las luces radiantes de la prensa!

La oscuridad sombría del arcano
disipa de la mente del que piensa,
y educa al honrado ciudadano
formando de los pueblos la Defensa.

Vas preguntando la verdad hermosa,
gran luchador, doquiera que caminas,
con la luz del saber esplendorosa.

A los hombres y pueblos huminas,
y concluyes tu vida pesárosa
coronada tu frente con espigas!

J. FRANCISCO LÓPEZ

Perfiles Rápidos

II

ALMAFUERTE ARGENTINO

Cuando hace algunos años, Pedro A. Palacios, ocultándose bajo el seudónimo de ALMAFUERTE publicada en «La Nación» sus primeros versos, llenos de una soberbia y grandilocuente potencia, la América toda creyó saludar en él a un digno sucesor de

(*) Pues con decir campesinos no damos una idea, ni siquiera vaga, de lo que la palabra *gáucha* significa.

Andrade, y batió merecidas y entusiastas palmas.

Rubén Darío, el delicado autor de «Azul», no pudo menos que sorprenderse ante el nuevo cruzado, que tan admirablemente manejaba el yambo y le ofreció un elogioso cuanto encantador estudio crítico.

Jamás poeta alguno se impuso más pronto ni tan fácilmente. Su lírica era una de esas líricas que vociferan, una de esas líricas que flagelan sin temor y en las que la ruda franqueza alterna con la belleza de una forma irreprochable.

ALMAFUERTE quedó desde entonces señalado como el más grande de los nuevos poetas americanos, y sus versos se reprodujeron por centenares de veces.

A través de aquellos versos fulgurantes se entreveía un alma recta é inmaculada flajelando la corrupción, y un espíritu excelsio vociferando contra las mezquindades de la envidia y de la ignorancia entronizadas.

Pero, á semejanza de esas misteriosas y magníficas estrellas que sólo brillan un instante y luego se apagan, también ALMAFUERTE se eclipsó, y por mucho tiempo no se supo si había muerto, ó si, con el esfuerzo de la primera gestación mental su lira había quedado afónica é inservible.

Y el tiempo fué pasando, y del tan brillantemente iniciado poeta sólo quedó el recuerdo dulce y alagador de los que desaparecen habiendo demostrado talento y preparación para triunfar.

Hoy, ha vuelto á surgir. «La Biblioteca» acaba de publicar su último trabajo titulado «Jesús», y... perdonémoslo, al abandonar Palacios su seudónimo, ha abandonado también la fuerza arrebatadora y sugestiva de sus primeros trabajos artísticos.

El poeta no ha adelantado; al contrario, ha retrocedido. Su última obra será un dechado de ejecución, será una sucesión de ideas luminosas y bellas, pero aquella virilidad hugoniana, aquella vociferación desparterante y entusiasta, aquella flagelación luminosa que tronaba como la soberana voz de Isaías, no existe, no se la encuentra ya en los versos del que fué, por un instante, el anhelado Mesías del Arte.

Lástima, y grande, es tener que emplear una inteligencia que es de Pedro A. Palacios, que, bajo el seudónimo de ALMAFUERTE, se había conquistado un nombre y una fama merecida en el difícil y escabroso campo de la producción artística.

FRANCISCO M. OLQUIVIEL
MEXICO

Sólo lo conozco por su libro «Negro y Oro» inaudito. Tienen y triste. Debe ser una fantasía, hechizado, y privilegiados seres que con la vista perdida y errabun-

da, marchan á la conquista de un ideal siempre lejos y fugitivo.

He leído los versos que contiene «Negro y Oro», y, á la verdad, no puedo menos que aplaudir. Allí hay un alma que sufre y llora constantemente. La risa no asoma jamás á sus labios descoloridos, y si por ventura lo hace alguna vez, es para dejar en ellos una gota de amargo desconsuelo. Sus rondeles son bellos y bien hechos. Creo que él, y el Venezolano Frade, son los que mejor manejan en América esa forma poética.

Olaquibel no será nunca un poeta de nervio, ni creo que lo intentará tampoco.

Alma exquisita y sensitiva, sólo sabe vibrar al impulso de palpitaciones delicadas. Creo que un poema de investigación psicológica trazado por su pluma sería algo bueno, siempre que no cayera en las extravagancias de las sensaciones quinasenciadas.

En una palabra, Olaquibel es de los que prometen. Cerebro completamente moderno, sabe huir admirablemente de la imitación rastrera y hacer prevalecer su yo artístico sobre todas las ideas que puloran por el zarandeado maremagnum de las letras nuevas.

Vaya, con el de Leopoldo Lugones, mi aplauso sincero, á saludar al triste y desilusionado poeta mejicano.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA
COLOMBIANO

Es digno de grandes censuras, y sin embargo me atreveré á aplaudirlo. López-Penha posee lo que muchos ni remotamente han poseído ni poseerán jamás: la fe. Su espíritu está impregnado de una gran fe en su arte, y contra todos los vientos, y contra todas las mareas, él marcha impassible y despreocupado hacia el palacio de sus sueños.

Se le critica, se le estigmatiza: bueno, y qué?... Tiene ya la piel suficientemente dura, y los dardos no le lastiman. Es un convencido, y á los convencidos no se les toca.

Su libro «Cromos», único que conozco, es el libro de un seudo René Ghil.

Á mí, soy franco, no me agrada. Bueno está ser original, pero ser extravagante, eso sí que no pasa. Vale más una frase sencilla é elocuente, que mil frases raras y sin importancia.

Y esto último es lo que abunda desgraciadamente en «Cromos».

Mucha exuberancia de lingüística, mucha aglomeración de pretendidas sensaciones; pero nada de sólido, nada que haga pensar.

Es indudable; quien se dedique á hacer con el arte juegos fuvambulescos, no llegará jamás á la cumbre. De lo raro á lo ridículo no hay más que un paso, se ha dicho, y este paso se da muy fácilmente.

Muy pocos días hace que he leído un fragmento de una palma de López-Penha en la REVISTA NACIONAL, y creo que por ese lado llegará al triunfo. Hay indudablemente allí, en la ejecución, el hecho de un poeta. López-Penha, si sepa manejarlo y siguiendo ese camino, alcanzará lo que ja-

más hubiera alcanzado con libros tan débiles como «Cromos.»

VICTOR ARREGUIN
URUGUAYO

Lo han querido afiliar á determinada escuela, y yo, que no creo en escuelas, ni en nada que trabaje y sujete el libre albedrío, sino en que los artistas, los unos son buenos y los otros son malos, he visto, después de leer sus versos, que Arreguín no está afiliado á ninguna secta, ni á ningún cánculo. Él pertenece á los que tienen talento y nada más. Independiente y solo, permanece en su torre de marfil agradablemente algunas veces, y otras triste y taciturno. Sus versos son los bellos versos de un verdadero poeta, y, á despecho de los que todo lo encuentran malo, creo que en la vecina República, pocos habrá que sepan hacerlos tan encantadores y sugestivos.

Arreguín es de esos escritores de los cuales no se puede hacer otra cosa que alabarlos.

Hay algo en él digno de encomio, y es que no se prodiga. Aborrece la ostentación, detesta las aplausos periodísticos y ama mucho más el retiro solitario que la bullanguera compañía otorgadora de laureles á destajo.

Un año hará próximamente que me fué presentado, y puedo asegurar que jamás se me olvidarán los instantes que pasó en su compañía.

Cuando me despedí de él, después de haber atravesado la Avenida de Mayo en toda su extensión, me sentí apesadumbrado y triste.

No he vuelto á verlo más, pero cada vez que quiero oírle, recorro á sus versos, y leyendo los, me siento como si estuviera á su lado.

JOSÉ PARDO

RÁFAGAS ERRANTES

Al distinguido literato uruguayo don Victor Arreguín.

Vuelan los siglos con afán implor rodando hacia el profundo; agitado incesante en el vacío el pensamiento humano, que, acariaciando ensueños de otro mundo, avanza en los abismos del arcano.

Así se agita el alma que en el fondo de su interior ambiente siente rugir un cataclismo hondo, como ira del averno:

es que orgullosos el hombre de su misma se esfuerza en vano en descifrar lo eterno.

Manando sangre un corazón palpita — Á impulsos de una idea, cuando otro corazón se precipita en la lucha perenne.

Entonces ¡ay! el furor de la palma sobre el silencio de la palma cae.

Destenada á la luz del día, en la humareda del vapor, y en el silencio de la muerte, la palma se va haciendo

es que, en un tiempo, muerta la esperanza, tras su sangrienta huella se lanzaron.

Cuando miramos extinguirse el día y dulces ilusiones vemos hundirse en bárbara agonía, esa noche sin calma; cuán triste esa vez en cálidas pasiones hecha girones sucumbir el alma!

El odio, la columna, el vituperio se lanzaron al mundo; y al despotismo de su cruel imperio temblaron los humanos; que se tambaleó y el pudibundo, que sufre al rumor de los tiranos.

La falsía doquier y el egoísmo, con impetu arrogante (dormidos en la sima de su abismo) levantaron sus vuelos. Aún se oye su aliento palpitante atorando el espacio de los cielos.

Las ilusiones que á la mente halagan con intentos malignos, de pensamientos que en el viento vagan son despojos, escribirá sobre los cuales trazará los signos de la ignominia la gigante Historia.

HERNIBERTO LÓPEZ.

Chile.

EN EL RÍO

Sobre las aguas frías del río Graba la lina su símbolo encantado, Y se duerme en el plágico azulado, Como un astro entre brumas, el navío.

Los calurosos rayos del estío Hominan el indiano escarpiado, Y Neptuno en el tripede encumbrado Enmudece su yámbico sombrio.

Vuelan las blancas aves de la altura; Suben la vela gris al mastelero; Radia la nube, férvida, su albuza;

Brilla el Sol como nitido lucero; Y cual eco temblante de ternura Se oye el canto vívaz del marinero.

JOSÉ SALGADO.

Á LA VIRGEN DEL CARMEN

Vengo al pie de tu altar, Virgen María. Para ilustrar mi pobre pensamiento En la luz celestial de tu mirada, Que es sol de bendición en este suelo.

Quiero, Madre, decirte que tó amo, Si pueden expresar mis ruidos ecos El amor infinito que en mí alma Por tí, María, se aborbara asiento.

¿Cómo te nombraré para que llegas Mi humilde voz hasta tí trono excelso? ¿Cómo te diré que te adoro, Si sólo te adoro por tu amor?

¿Cómo te nombraré para que llegas Mi humilde voz hasta tí trono excelso? ¿Cómo te diré que te adoro, Si sólo te adoro por tu amor?

¿Cómo te nombraré para que llegas Mi humilde voz hasta tí trono excelso? ¿Cómo te diré que te adoro, Si sólo te adoro por tu amor?

Si oigo el murmullo de tranquila fuente Rizada apenas por el dulce viento, Me parece escuchar, casta-paloma, De tu voz celestial los puros ecos.

Si vagan en la brisa los perfumes Que evaporan las flores de su seno, Me parece que aspiró la ambrosia Que se desprende de tu dulce aliento.

Si do guirnaldas las flotantes nubes Cifren el azulado firmamento, Las orlas nacaradas de tu manto Veo brillar, oh Madre del Carmelo.

Si en la noche brillantes aparecen Cual chispas de oro estrellas y luceros, Páredeme que copian de mis ojos Los puros y vivísimos destellos.

Si el iris de bonanza se divide De la tormenta entre el oscuro velo, Creo ver tu sonrisa de ternura Al alcanzar el elemento del Eterno.

Es que en todo te busca el alma mía, Mística rosa que perfuma el cielo, Concha divina que encerró la perla Que bastó á redimir el mundo entero.

Es que tu imagen celestial y pura, Vaga, impalpable, deslízase veo Entre el manto de flores que la dicha Muestra al alma que búscala en su sueño.

Dulce paloma que en Sión bendita Blanda posaste el amoroso vuelo; Luz de la fe, purísima azucena Que en tu albo cáliz encerraste al Verbo.

Iris de paz, estrella de ventura, Luz, alegría y gloria de los cielos, Grabado por tu amor dentro del alma Tengo tu nombre, oh Madre del Carmelo!

¿Adónde el alma triste acudiría, Al verso herida del pesar y el duelo, Si no te viese á tí, cual blanco faro Que te señala de ventura el puerto?

Peregrino doliente de este mundo, Vengo á tu altar á demandar consuelo, Vengo á buscar en él islas seguras Y protección para el pié chileno.

En él dejar no puedo, Madre mía, Ofensas arrojadas al viento, Mas je ofrezco las flores de mi alma Á quien presta mi amor perfume eterno!

RAMÓN LOSTALÉ
(Escalopio).

¡POLONIA!

¡Oh! no, no puede ser, Pueblo, despierta; Arranca el porvenir de tu pasado; Levántate valiente; Levántate á reinar, que de rey tienes El corazón y la guerrera frente.

JUAN ZOLAPOUR DE SIVA MARIÁ.

LA LEYENDA PATRIA

I

En los momentos en que el paganismo estaba agonizando, cuando aún el Sol, en el Occaso, y sus dioses se desmoraban desde lo alto del Olimpo, cuando el rey de los Lucianos, el Voltaire de la antigüedad, asegura-

ba, cual verdadero profeta, que la muerte del paganismo era inevitable, á pesar de los esfuerzos gigantescos de Juliano el Apóstata — que llegó, en su ceguera y en su orgullo, hasta querer levantar la religión pagana en toda su fuerza y su esplendor, colocando nuevamente en el Olimpo los dioses despeñados — asomó en los confines del horizonte, radiante y esplendente, como la aurora de un hermoso día, la luz del Cristianismo, que iba á derrocar para siempre el edificio, ya débil y arruinado, del paganismo, y á regenerar la abatida humanidad con sus sublimes ideas y máximas grandiosas.

La magna y gigantesca obra — comenzada por el Cristianismo — que había proclamado á los pueblos la libertad, la igualdad y la fraternidad, tripode grandioso sobre el que se levanta la civilización moderna — fué después brillantemente terminada por el imponente Revolución Francesa, que marcó á la humanidad nuevos rumbos y horizontes nuevos, señalándole las tablas de sus derechos sagrados é inalienables, tales como los dictara la Razón, diosa soberana y de autoridad incontestable.

Desde entonces, el Cristianismo predicado por Jesucristo, que en defensa de sus ideas y de su doctrina desplegó una energía poderosa y una perseverancia incontrastable hasta el punto de marchar sereno y resignado y con la frente erguida al Calvario como marchara la inocente Efigenia al terrible sacrificio — arrastrado por sus implacables enemigos, que no comprendían que las sublimes palabras que brotaban de sus labios estaban destinadas á cambiar y á regenerar completamente el mundo; y la Revolución Francesa dirigida por aquellos hombres, que según la hermosa expresión de un ilustre escritor contemporáneo, aparecen á los ojos de la historia con los pies hundidos en el lodó ensangrentado de las calles, y la frente perdida en los esplendores del cielo: son los dos astros luminosos, los dos brillantes lumináres que iluminan la oscuridad concidencia de los hombres, y alumbran el áspero camino que deben los pueblos recorrer para llegar á las doradas regiones de la inmortalidad y de la gloria.

La religión cristiana y la Revolución Francesa — que rompieron las más fuertes cadenas de la esclavitud y amedrentaron las más furiosas tiranías — han ejercido una influencia poderosa, incontestable, entre las naciones de la tierra: muchas se despertaron del profundo letargo en que yacían, y se alzaron, majestuosas é imponentes, decididas á conquistar — despreciando un valor perseverante y un heroísmo sobrehumano — uno de los más hermosos atributos, una de las más bellas virtudes que necesita imprescindiblemente un pueblo para llevar con honor la denominación de pueblo culto y civilizado: la libertad, la divina libertad, que es para los pueblos como la savia para la planta, como el alma para el cuerpo, como el perfume para las flores.

Algunos pueblos, por circunstancias especiales, por causas poderosas, permanecieron ajenos del movimiento general, y otros que no llegaron á realizar — á pesar

de sus esfuerzos heroicos — sus levantadas aspiraciones e ideales generosos, todavía soportan el indigno yugo de la odiosa esclavitud; permanecen aún atados al carro triunfal del despotismo vergonzoso y degradante, dando así un solemne mentís a los que llaman a nuestro siglo el siglo de las libertades.

Nosotros, que profesamos las grandes ideas y las hermosas máximas republicanas, con íntima y profunda convicción, y que por suerte disfrutamos de las incomparables caricias del ángel divino de la Libertad, no podemos menos de dirigir a los pueblos heridos por los acerados dardos de la desgracia y el infortunio, las frases más ardientes, más entusiastas, más carifosas, que posean la virtud de despertarlos del sueño en que se encuentran sumergidos y los impulsen a combatir con heroísmo y con pujanza con el fin de conquistar su perdida libertad, la conquista más brillante y más hermosa que alcanzan los pueblos que se encaminan por la senda luminosa del Progreso.

Nosotros, que odiamos la muerte el sombrío y degradante despotismo, y que doblamos las rodillas, con veneración y con respeto, sólo ante los sublimes y espléndidos altares de la Libertad y del Derecho, de la Democracia y la Justicia — diosas augustas y soberanas — nos vemos en el deber imprescindible de unir nuestra humilde voz a las poderosas lanzas por los labios de Víctor Hugo y Castelar, llamados con justa razón los incansables defensores de los oprimidos y de los débiles.

Nosotros, finalmente, que, así como el tierno pajarillo, se muere de tristeza y de dolor, al ver prisionero a su querido compañero, con el que tantas veces, cuando la aurora lo venía a despertar, solían alegres y contentos elevar á los aires sus gorjeos dulces y llenos de armonía, desde una débil rama que se agitaba al sentir las caricias de la suave brisa matinal — experimentamos en el alma un profundo sentimiento de dolor y de tristeza, cuando contemplamos a un pueblo hermano que — víctima inocente del furioso despotismo — está sufriendo los más grandes sinsabores y los más terribles infortunios: la infortunada Polonia, que después de haber sido tan grande y tan gloriosa, fué repartida — cual la tónica del sublime mártir del Calvario — entre las ambiciosas naciones de la Europa!

¡Sí, Polonia, despierta y levántate a luchar por la justa y santa causa de tu emancipación! Todos los pueblos libres de la tierra; todos los pueblos bañados en los divinos resplandores del astro luminoso de la libertad — reconociendo la justicia y la santidad de tu causa — te han de ayudar, te han de socorrer, porque comprenderán el valor y la belleza de la joya que te falta, y que anhelas conquistar!

¡Sí, Polonia, despierta y apréstate a la lucha gigantesca y formidable en que deben necesariamente entrar para ser libres los hermanos de tu tierra!

Que el pueblo que se levanta para luchar no se pierda el valor necesario para destruir

á tus cobardes y ambiciosos tiranos, que huirán en el instante mismo en que acombrados contemplen a tus hijos, que guiados por el brillante faro de tus pasadas glorias, se levantan y tratan de arrancarles la corona que cifre su frente, y hacer pedruzcos en sus propias manos el cetro que para vergüenza tuya vienen empujando!

Nosotros, que abrigamos la hermosa esperanza de que llegará un día, espléndido y grandioso, en que todos los pueblos serán libres, y en que todos los orgullosos tiranos caerán para no levantarse más, creemos que bajo tu hermoso cielo azul no vive un pueblo de cobardes, un pueblo sin dignidad y sin honor, sino un pueblo viril y altivo, un pueblo celoso de su nombre, un pueblo que sabrá encaminarse, sin necesitar patronos ó señores, por la senda que lleva á las naciones al engrandecimiento y á la dichal

«Audacia, audacia, siempre audacia», dijo Dantón, cuando vió al extranjero invasor colocarse en las puertas de Francia. Si la audacia te falta, si no tienes el valor suficiente para realizar tu dorado sueño, adquiriéndote en los hechos heroicos y sobrehumanos, en las acciones gloriosas y sorprendentes con que los pueblos valerosos asombraron al mundo entero, cuando en lucha brava y gigantesca consiguieron su anhelada independencia y su preciada libertad.

¡Ved á la gloriosa Italia, esa artista divina que desde su misma cárcel sombría y oscura entusiasmó con sus cantos llenos de dulzura y armonía, á sus mismos terribles opresores, como arrulla y deleita á su propio tirano con sus suaves y melodiosos gorjeos del divino ruiseñor encerrado en sus rejas de oro — levantarse altiva y arrogante, á conquistar su preciosa libertad, y su unidad tan suspirada!

¡Ved á la sublime Grecia, la madre inmortal de las artes y las letras; volter de su encumbroso trono á sus bárbaros tiranos en el momento sublime é imponente, en que acaso sintiera temblar, en sus sepulcros gloriosos, con fíoble y santa indignación, al escuchar el ruido de sus cadenas tan pesadas, las venerandas cenizas de Leonidas y de los héroes de Maratón y de Platal

¡Contemplad á los héroicos hijos de España, que impulsados por un acendrado y ardiente patriotismo, se alzaron altivos y triunfantes contra el genio de la guerra, contra el héroe del siglo, contra el bravo é invencible Napoleón — que teniendo después por tumba un humilde peñasco batido por las embravecidas olas del Océano — sirvió de ejemplo tremendo y elocuente para demostrar á todos los tiranos del globo la suerte que les está reservada á todos, los audaces opresores de los pueblos!

¡Contemplad también, por fin, á un pueblo de valerosos hijos del Uruguay — patria ilustre de Artigas, Lavalleja, Rivera y tantos otros héroes esclarecidos — que al grito de *Libertad ó Muerte* — con su sangre derramada en sus peñascos — arrancó al tirano extranjero y al extranjero invasor de su tierra — y que hoy, al ver que se levantan contra su libertad y su independencia, responde — después de haber sido tan arrogante y tan altivo!

Después de conocer los esfuerzos man-

cos que hacen los pueblos altivos para conquistar su libertad; después de contemplar esos hechos gloriosos que la historia transmitirá á la posteridad en sus páginas eternas, dime: ¿no sientes horror y espanto al verte en el estado triste y lastimoso en que te hallas? ¿No te encuentras con ánimo y valor para admirar al mundo con hazafías gigantescas y portentosas?

¡Despierta y levántate, Polonia!...

IV

Pero antes de entrar al combate, rudo y formidable, es necesario que prepares á tus hijos: no sea que la falta de preparación sea la causa de la derrota.

Es menester que tus oradores, hoy enmudecidos, vuelvan nuevamente á la brecha, y que, imitando al soberbio tribuno irlandés O'Connell, levanten su tribuna en medio de tus montañas y de tus valles, desde donde harán resonar su voz potente y formidable que, haciendo renacer en el pecho de tus hijos el fuego apagado del amor patrio, los impulse al combate rudo, del que depende la felicidad y el porvenir de la patria.

Es menester que tus poetas dejen de derramar inútilmente copiosas lágrimas por tus desgracias é infortunios, y empuñen su lira para hacer vibrar con entusiasmo inextinguible la hermosa cuerda del patriotismo, y que en el día de la lucha se conviertan en otros tantos Tírcos que sepan inflamar y endurecer el valor de tus soldados.

Es menester, por último, que tu prensa, hoy muerta y abatida, se levante, grande y majestuosa, y luchando con perseverancia incansable por tu independencia y libertad, ilumine con sus rayos hermosos y brillantes la oscura conciencia de las incultas multitudes, al mismo tiempo que tus soldados añelen entusiasmados sus aceradas lanzas para clavarlas en el corazón de tus tiranos, que aun no comprenden que la odiosa esclavitud tiene que borrarse para siempre de las inmortales páginas de la historia.

Si de este modo preparas á tus hijos, no puedes en manera alguna desesperar del porvenir. Cuando llegue el día tremendo de la lucha conseguirás, en cambio de tus esfuerzos magnos y heroicos, la recompensa que mereces: conseguirás el inmortal laurel de la victoria; conseguirás la tan deseada y preciosa Libertad! Entonces, todas las naciones cultas y civilizadas de la tierra saludarán alzadas á una nación nueva, grande y gloriosa!

¡Despierta y levántate, Polonia!

HERNANDO C. NUÑEZ